

## **SANGRE, PERFUME Y CELOFÁN**

**Joaquim Pujol Guerrero**

**NIF 46352921-D**

**C/Jericó nº18, casa 7 y 8**

**08035 Barcelona**

**+34651563899**

**kimete@hotmail.com**

"un vivo y sangrante muñón, apretado en celofán y rociado de perfume"

Juan Marsé

*Esta cara de la luna*

Son las 9 de la mañana en el décimo piso de un rascacielos de Barcelona. Es pronto y en Alpha Márketing la mayor parte de los empleados no ha llegado. Suena el timbre y la recepcionista abre sin levantar la vista del ordenador: tiene un problema con la base de datos. Un segundo después está muerta con el cerebro desparramado por la pantalla.

En el cristal ensangrentado se reflejan las calles rectas del Ensanche, los bloques de oficinas, las filas de coches en los semáforos. El asesino ajusta los guantes de piel marrón y avanza por el pasillo cubierto de moqueta con una Walther P-38 en la mano.

En secretaría, Natalia enseña a Nuria el catálogo que le han dado en la agencia de viajes. A finales de noviembre se va de vacaciones a la República Dominicana y le hace mucha ilusión ir a la playa en pleno invierno.

Un proyectil 9 mm parabellum de punta hueca y 8 gramos de peso penetra por debajo de su omoplato, le atraviesa el corazón y se detiene detrás del esternón sin penetrarlo.

Nuria no entiende porque Natalia calla de repente y mira hacia la sombra de la entrada buscando una explicación, pero lo único que recibe es otro proyectil de 9 mm que le vuela la quijada y, tras un breve recorrido, secciona la yugular. Nuria se ahoga en su propia sangre. El asesino no es profesional, pero hoy está que se sale.

Este individuo sigue avanzando por el largo pasillo y deja atrás los despachos vacíos de Eva, Marta, Ana y Germán. Ya deberían haber llegado, pero siempre se retrasan un poco por las mañanas.

Quien sí está es Leire, la responsable de contabilidad, porque deja a los niños en el colegio a primera hora. Tiene una foto de sus retoños sobre la mesa de fórmica gris y unos dibujos suyos en el tablón de corcho. A Leire le gustan estos momentos de soledad en su despacho. En casa, con los niños, tiene poco tiempo para pensar en sus cosas.

Ahora recuerda que debe comprar azúcar y leche, pero al cabo de nada yace con la cabeza sobre la mesa como si se hubiera dormido. Siempre te recordaremos, mamá.

El asesino camina sigilosamente por la moqueta y ve las salas de reunión vacías con mesas ovaladas y pantallas gigantes. A la derecha están los despachos de los ejecutivos senior. Sólo está ocupado el de Gemma, que lleva siete años en la empresa y la deja dentro de unas semanas porque ha abierto una consulta como psicóloga. Ahora muestra unos informes a Sasha, su sustituto.

El modelo actual de la Walther P-38 tiene un armazón en aleación de aluminio que permite un peso menor pero conserva las características de ergonomía y fiabilidad. Quién sabe si Gemma hubiese sido una buena psicóloga. Quizás Sasha hubiese sido un buen ejecutivo.

Finalmente, el asesino se detiene en un recibidor que da a cuatro despachos. Es el final de la planta. Allí está el despacho de la Sra. Mussó, la propietaria de la empresa. Es una mujer de setenta años con una enorme fortuna que forma parte del consejo directivo de varias multinacionales. Alpha

Márketing fue su primera compañía y es la niña de sus ojos. Siempre que puede aún se ocupa de los clientes personalmente.

A la derecha está el despacho de su hijo más responsable, Álvaro. La señora Mussó delega en él a menudo. A la izquierda está el despacho de su hijo tarambana, Miguel. Hace meses que no se pasa por la oficina porque se ha peleado con Álvaro. Con su madre hace años que no se habla.

El último despacho es de Olga, la secretaria de dirección que asiste a Álvaro y la Sra. Mussó en todo lo que necesitan. Olga es una mujer imponente de metro ochenta, cabello negro y tez inmaculada. A muchos clientes se les corta la respiración cuando la ven. Olga es también amiga de Álvaro y Miguel desde la infancia.

Ante esas cuatro puertas, el asesino parece dudar. Se cambia la Walther de mano, acaricia el silenciador, se ajusta el guante y vuelve a empuñar el arma con la mano derecha. Al final, escoge una de las puertas y la cierra tras de sí. Los dedos cubiertos de cuero marrón se tensan sobre la cola del disparador y la pistola escupe una última bala.

Sólo entonces la mano que se esconde bajo el guante parece relajarse un poco. Es una mano de tamaño mediano. Podría ser la mano de un hombre, pero también de una mujer. Podría ser la mano de un perfecto desconocido, de un psicópata, de un asesino a sueldo, pero también la mano de un empleado de la empresa.

De hecho el cuero marrón no deja entrever si la piel es joven o está llena de arrugas. Podría ser la mano enérgica de la anciana Sra. Mussó, o la mano firme y masculina de su hijo Álvaro. Podría ser la mano siempre eficiente de su secretaria Olga, pero también la mano traidora de Miguel. Es una mano tan

común que podría ser de un niño o un adulto. Podría ser incluso mía, o de cualquiera de vosotros.

Un año antes de que alguien introdujese una Walter P-38 en Alpha Márketing nadie hubiese sospechado que las cosas acabarían así. La Sra. Mussó vaga por los pasillos con aire despistado. Acaba de cumplir setenta años y es una mujer rolliza, con gafas circulares y cuello de tortuga. Aunque es de carácter severo, gesticula de forma excesiva y viste trajes floreados que no le sientan bien.

Cuando la ve entrar en el despacho, titubeante y embutida en su traje multicolor, Olga no puede reprimir una sonrisa.

-¿Cómo van las cosas? -dice la matriarca apoyando el antebrazo en las grandes cristaleras.

-Muy bien, Sra Mussó.

La propietaria de la empresa se queda de espaldas con la respiración acelerada. Parece exhausta. Olga se pregunta cuando se jubilará y luego piensa que ya conoce la respuesta. La Sra. Mussó sólo se retirará cuando su cuerpo le falle. Eso puede ser dentro de cinco años. Dentro de diez. Como mucho quince.

La anciana es una mujer rica y poderosa que se aferra a su puesto, pero aún así a Olga le da lástima. Su tiempo ya ha pasado.

-¿Alguna vez te has preguntado por qué trabajo tanto?

La secretaria se sobresalta. Parece como si la Sra. Mussó le hubiese leído la mente. Pero Olga no responde, es una pregunta retórica.

-Estudias. Trabajas como una mula. Vences los prejuicios de la gente porque eres una mujer al mando de una empresa. Ganas dinero y lo inviertes. Ganas aún más dinero y lo vuelves a invertir. Te arriesgas una y otra vez y das en el clavo. Y llega un momento en que el dinero es sólo una cifra. ¿Para qué quiero yo el dinero?

La anciana se gira hacia Olga y contempla sus rasgos felinos. La nariz bien proporcionada, los pómulos simétricos, la piel de mármol. Es de una hermosura singular.

-Sus hijos -contesta Olga de memoria- Todo lo hizo por sus hijos.

-Sí, preciosa. Lo hice por mis hijos. Desde el día que te quedas embarazada todo son problemas. Náuseas, mareos, antojos. Y luego el parto, que no es poca cosa. Y a partir de ahí todo empeora. Los biberones a las tres de la mañana, el esfuerzo para que no les falte nada. Pero eso apenas importa. Lo peor es un miedo que te invade cuando nace el bebé y que ya no te abandona. Se te mete en las entrañas y siempre tiene una causa distinta. Las enfermedades infantiles, los pasos de cebra, los otros niños del colegio...

La Sra. Mussó se sienta en una silla. Está abatida.

-Tú no lo comprenderías -continúa admirando la cintura estrecha de su secretaria- Los niños no crecen de un día para el otro. Cada mañana, un desayuno. Cada noche, una cena. Y si ya es difícil para una pareja, imagínate para una mujer sola como yo. Porque su padre nunca dio la cara. Y los niños nunca te dejan sola treinta minutos seguidos. Necesitan ayuda para hacer los deberes, una merienda, que les hagas caso.

De repente suena un timbre y Olga aprieta un botón. Por el interfono se oye la voz nasal de Nuria. "Ha llamado Leire. Dice que hoy no podrá venir. Su



hijo tiene sarampión.” La Sra. Mussó hace un gesto. La ausencia de Leire es una prueba a su favor.

Se queda pensativa, con las gruesas piernas cruzadas, y observa de reojo a la secretaria de dirección mientras habla por el interfono. Le encandila la belleza sin mácula de Olga.

Al mismo tiempo la chica es demasiado guapa, demasiado simpática, demasiado lista. Siempre tiene la palabra justa en el momento adecuado. Por eso, a pesar de los años, la Sra. Mussó jamás ha confiado en ella plenamente.

–Pasa el tiempo. Los niños se hacen mayores. Durante años te necesitaban para llevarse la comida a la boca. Un día después no quieren saber nada de ti. Te quedas sola. Tú eres muy joven para saber qué es la soledad.

–Bueno –la consuela Olga– Le queda Álvaro. Se porta muy bien con usted. Y cuida de la empresa.

La Sra. Mussó alza los hombros y tuerce la boca.

–Álvaro hace lo que puede. Me sabe mal, porque es mi hijo, pero no tiene muchas luces. En cambio, Miguel...

La empresaria mira a través de los cristales de forma soñadora. El edificio de enfrente es una sofisticada construcción modernista y tiene una monumental cornisa de piedra esculpida. En ella se ve una mujer joven con el pelo recogido y amplias faldas jugando sobre un prado florido. En sus brazos tiene un bebé envuelto en un paño y lo alza al cielo. La empresaria clava la mirada en la escultura de la azotea vecina, pero el labio le tiembla de emoción. Está recuperando la compostura.

-Miguel es igual que yo. Por eso nos peleamos. Pero no dejaría la empresa en manos de otra persona. Si volviese lo pondría de director y yo me retiraría. ¿Sabes? -pregunta- No puedes imaginar lo que duele perder a un hijo.

El interfono vuelve a sonar y la Sra. Mussó aprovecha que Olga aparta la vista para respirar hondo.

-Son los nuevos clientes, Sra. Mussó, los que quieren lanzar una línea de productos cosméticos para hombres.

-Hazles pasar -dice ya más tranquila.

Olga transmite la orden por el interfono y mira la azotea que hace unos segundos contemplaba la Sra. Mussó. La madre y el hijo se divierten despreocupados sobre la hierba, pero a su lado un cuervo contempla la escena con ironía. En efecto, detrás de la mujer hay un tronco de piedra por donde asoma la cabeza de un fauno. Con sus pequeños cuernos y su mirada libidinosa, el fauno urde su plan y se sonríe con impaciencia. No tardará en atacar.

Eliminado: De un momento a otro, se lanzará al ataque/

A las once de la mañana, dos horas más tarde de que se produzcan los crímenes, el timbre de Alpha Márketing vuelve a sonar. El policía echa un vistazo por la mirilla, pero no ve a nadie y se aleja. Pasado un minuto, el timbre vuelve a sonar. El mismo policía abre la puerta contrariado y encuentra un viejo bajito y de ojos oscuros.

-Me ha llamado el inspector Figueres.

El policía acompaña al hombre por el pasillo sembrado de papeles ensangrentados, archivadores y tazas de café. Hace poco que ha ingresado en el cuerpo y se pregunta quién es este señor. Es demasiado mayor para trabajar en el cuerpo de policía. Es demasiado mayor para trabajar en un órgano judicial. Es demasiado mayor para seguir trabajando.

El viejo anda sobre la moqueta lentamente pero con paso ágil. Parece como si llevase las suelas untadas de aceite. Al pasar por el cuarto de las secretarias mira los cuerpos amontonados de las mujeres. El policía espera una mueca de rechazo por su parte, pero la expresión del viejo refleja una serenidad intacta. Cuando pasan por el cuarto de la contable el policía mira de nuevo y ve la misma expresión en su rostro. Su cara está cuajada de arrugas y sin embargo no transmite nada en absoluto.

-Ya tenemos un sospechoso -dice el joven policía para entablar conversación- Es Miguel, el hijo de la propietaria. Un tipo raro con tendencias suicidas. Se lleva muy mal con su hermano y su madre. Además, ya estuvo

involucrado en un asesinato. Una mujer que encontraron desnuda en un parque. Había indicios de que fue él, pero no se pudo demostrar nada.

El policía explica esto con la esperanza de que el viejo le aclare por qué está allí, pero el anciano asiente y permanece en silencio. Al final llegan al despacho del fondo, donde está el cadáver en el suelo en medio de un gran charco de sangre. El líquido ha empezado a coagular y forma un espejo opaco donde se reflejan las piernas del inspector Figueres y los dos agentes que lo acompañan. Al ver al viejo, el más mayor de los agentes se quita la gorra.

-Carlos, ¡tú por aquí!

Los dos hombres se abrazan y el joven policía se sorprende de nuevo. Incluso ahora el anciano permanece impávido. ¿Sufre parálisis facial? El otro agente mira hacia al inspector Figueres.

-Jamás hubiese pensado...

-Yo tampoco -corta el inspector.

Ferran Figueres apenas alcanza los 35 años y es el inspector más joven de Barcelona. Tiene los ojos húmedos, una gesticulación nerviosa y el pelo alborotado. Ha ganado su puesto hace poco gracias a una eficacia insólita. El día que le ascendieron porque el inspector Hernández se jubilaba el antiguo inspector le dio la tarjeta de Carlos, un expolicía que había trabajado con él hace años.

-No siempre lo consigue -le dijo Hernández- Pero en los casos importantes vale la pena probar.

Ahora, mientras observa la cara hinchada del abuelo, se pregunta si era necesario llamarle. Luego mira el cadáver sobre el parqué y recuerda los otros seis cuerpos en la oficina. El inspector Figueres no tiene tanta experiencia

como otros policías, pero le sobra instinto. El caso es una bomba y no pierde nada por probar.

-Dejadnos solos -pide Figueres.

Los agentes salen uno por uno por la puerta y antes de que desaparezcan el inspector oye cómo los jóvenes preguntan al agente más mayor sobre aquel hombre. Por un instante Ferran Figueres se preocupa por su reputación, pero el viejo le mira a los ojos con su expresión helada.

-Lo primero de todo es una niña -dice sin parpadear- Nunca perdonó que le manchasen el abrigo rojo.

El apartamento de Álvaro es un espacio diáfano de 200 metros cuadrados con sólo un tabique para separar el baño y la cocina. A pesar de que por los ventanales entra mucha luz, Álvaro anda por su apartamento a tientas. Sólo algunas veces se oye un click y haces de luz surgen desde las esquinas. Se oye otro click y un foco cenital ilumina al dueño del apartamento. Entonces las tinieblas se disipan y la mesa de caoba brilla en todo su esplendor. El sofá isabelino descubre su tapizado de anchas franjas y la untuosa piel de los cojines desprende una oscura refulgencia. Álvaro actúa.

-¿No te lo había enseñado? -se sorprende señalando su reloj- El cronómetro Oyster Perpetual Explorer de acero inoxidable muestra la fecha y tiene manecilla roja y bisel graduado 24 horas, así como una manecilla extra para indicar la hora en dos husos horarios. Es automático y hermético hasta los 100 metros de profundidad.

-¿De qué año es? -pregunta Rodrigo.

-Rolex lo creó para el ascenso al Everest en 1953.

Sobre la mesa de caoba, los iris son de un azul profundo con estrellas amarillas. Las flores, dispuestas de forma ordenada, combinan con los cojines de oca sobre alma de espuma. Los cojines hacen juego con la colcha con rosas bordadas en seda. La colcha contrasta con las cortinas tornasoladas y los muros de piedra.

-Un reloj sólo puede recibir el certificado de calidad Rolex tras una observación sistemática de su aspecto y sus funciones. Los expertos analizan el funcionamiento interno y externo: no se toleran imperfecciones.

-Tu hermano jamás tendría un reloj como éste. Ni Manuel.

Álvaro sonríe con satisfacción. La luz que emana de los focos recorre los brazos de la araña de cristal y se refracta multicolor.

-Lo sé.

El reloj refulge con intensidad. Bajo su carátula, el solenoide brinda sus pulsaciones a la bobina ferromagnética y pone en marcha la cadena de transmisión. Los engranajes transmiten el movimiento hasta el eje principal de las manecillas y uno de sus dientes se desplaza hacia la derecha. Ha pasado un segundo.

-Lo sé -repite Álvaro- Cada mañana pienso lo mismo cuando Manuel me sonríe con los dientes manchados de nicotina.

Rodrigo suspira comprensivo y lanza una mirada de compasión hacia Álvaro.

-¿Cada mañana?

-Sí.

El suelo irregular de cerámica muestra infinidad de surcos que se funden en el entramado más amplio de las baldosas hasta topar con los muros de piedra. Sentados muy rectos en sus sillones provenzales, Álvaro y Rodrigo se miran en silencio. Dos figuras idénticas sobre un tablero de ajedrez para fichas de un solo color.

-Es duro -se lamenta Álvaro- pero hace cinco años que le compro el periódico. Manuel es el único quiosquero de la zona que vende el Herald Tribune.

Rodrigo cambia la posición de los pies sobre los azulejos artesanales y la goma de sus náuticos chirría ligeramente. Por un segundo los haces de luz bajan de intensidad y amenazan con apagarse, pero es una falsa alarma. Los focos proyectan de nuevo su luz cegadora y expulsan la oscuridad de sus escondites más recónditos.

-No sé por qué, pero cada día, desde hace cinco años, Manuel se empeña en entablar conversación. Me da palmaditas en el hombro y me enseña esos dientes manchados. No sé, a veces pienso que es un poco raro. ¿Sabes lo que quiero decir?

Rodrigo entrecierra los ojos como muestra de profunda complicidad. En la gigante pantalla de plasma que sobresale sobre los bloques de piedra emiten una película antigua. Entre dos cristales, el plasma es una sustancia eléctrica compuesta por iones, electrones y partículas sin carga. La pantalla consiste en una matriz de celdas conocidas como píxeles, que se componen a su vez de tres sub-píxeles, que corresponden a los colores rojo, verde y azul. Si se aplica suficiente calor, los electrones se separan de sus núcleos, las sustancias fosforescentes se excitan y las imágenes aparecen sobre el cristal.

-No es sólo la dentadura -retoma Álvaro- Manuel tiene unas bolsas enormes debajo de los ojos. A veces me pregunto: "¿Es posible que tengamos la misma edad?". Es algo que me inquieta. Pero entonces miro la hora y me siento reconfortado. Él jamás llevaría un Oyster Perpetual Explorer.



Miguel mira el reloj. Son las tres de la mañana. Se pasa la mano por el pelo grasiento. Vuelve a mirar el reloj. Son las tres de la mañana.

Corta dos rayas de cocaína sobre la mesa con el filo del DNI. Olga está a su lado, con su pelo negro y largo, tranquila, bella.

–¿Qué te decía?

–Los nazis –recuerda Olga.

–Ah, sí. No lo digo por la masa electoral que los apoyó. Yo me refiero a Goebbels, Himmler, Hitler... Los grandes líderes del movimiento. Poca gente los comprendió de verdad.

Olga escucha atentamente aunque lo haya oído mil veces. Su belleza resulta extraña en el tugurio lleno de humo. Los hombres del local están impresionados y la miran por el rabillo del ojo. Más que una mujer parece un símbolo pero, ¿un símbolo de qué?

–Eran unos románticos radicales, unos utopistas –continúa él– No aceptaban la realidad. Querían un mundo de una pureza imposible o que todo se fuera al carajo. La gente que les votó no entendió que la destrucción estaba implícita en su programa desde el principio. Porque lo único que estaban dispuestos a aceptar era algo que jamás había existido. Y que jamás podría existir.

Todo el mundo en el bar se pregunta qué hace una mujer como Olga con aquel chico enclenque que se mueve sin cesar sobre su asiento. Tiene una barba desordenada, brazos largos y la cara asustadiza.

Miguel mira el reloj. Son las cuatro de la mañana. Se pasa la mano por el pelo. Vuelve a mirar el reloj. Son las cuatro de la mañana.

Van al wáter y hacen una raya más. Cuando salen, Olga sigue presentando un aspecto imaculado. Ni una gota de sudor, ni una arruga en la ropa, los poros de su piel siguen una alineación perfecta. Miguel quiere preguntarle cómo lo consigue, pero con la coca cuesta concentrarse.

-¿Te he explicado lo de Steve Wright y Mark Kraynak? -pregunta.

Olga mueve la cabeza hacia los lados y Miguel sonríe.

-Eran dos estrellas del porno. Dos dioses de metro noventa con un cuerpo de escándalo, cara de querubín y una polla como el brazo de un bebé con una manzana en la punta. Con poco más de veinte años, trabajaban haciendo strip-tease en locales de Norteamérica y cobraban mil dólares por noche. Con ese físico, podían conseguir cualquier cosa.

Encima de la máquina de tabaco hay dos altavoces antiguos que crepitan. Entre las volutas de humo, suena una canción algo pasada de moda. "Odio y traición/ dolor y humillación/ no vuelvas a pedir perdón/ a quien te condenó/ tu debilidad/ su seguridad./ El cielo está vacío/ su dios nunca ha existido/ ni aquí ni más allá/ si aún no has entendido/ que todo está podrido/ va siendo hora ya."

-Una noche -retoma Miguel- en Montreal después del espectáculo, llamaron a un amigo desde un taxi y le dijeron que iban a un after. Al día siguiente no aparecieron en el trabajo y se les dio por desaparecidos. La policía encontró su ropa y documentación en la habitación del hotel. Las cámaras de seguridad del after muestran que jamás llegaron allí.

Olga sólo escucha a medias lo que dice Miguel. Se fija en el sudor que le cae por la frente, en su expresión alterada. Tiene el pelo sucio y una mueca agría y triste a la vez. Viste ropas harapientas. Y sin embargo, piensa Olga, es el hombre más atractivo que ha conocido jamás.

–Al cabo de tres semanas –prosigue Miguel– encontraron dos cuerpos en descomposición en una cantera. Estaban en tan mal estado que tuvieron que recurrir a la dentadura para identificarlos. Eran Steve Wright y Mark Kraynak, un glorioso montón de carne podrida. La profesión de los difuntos no era muy honorable, ya se sabe los peligros que se corren en ese mundo. Sin muchas esperanzas de solucionar el caso, la policía pidió las cintas de las cámaras de seguridad de los edificios vecinos para ver si conseguían alguna pista.

Los altavoces sobre la máquina de tabaco destrozan ahora una nueva canción. Olga lo mira fijamente. En sus ojos hay un torrente de agua negra que fluye de forma arrolladora. Cuando lo ve recuerda cuando era niña y vigilaba el agua que corría bajo el puente durante horas. ¿Qué hay dentro de esa cabeza inquieta de pelo sucio? El vacío. La nada más absoluta. Una soledad irremediable. Un hombre destinado a ser infeliz. Por eso le parece tan atractivo.

–En una de las cintas se ve como un taxi reduce la velocidad y se para enfrente de la cámara. El taxi se detiene y por la puerta sale Steve, que hace el gesto de buscar dinero en el bolsillo mientras Mark sale por la otra puerta. Entonces los dos echan a correr y el taxista enfurecido los persigue para conseguir el dinero de la carrera. Al final de la calle hay un muro bajo, Mark le da un toque a su compañero y los dos saltan a la vez. En la cinta se les ve un segundo suspendidos en el aire mientras el taxista se detiene sin aliento y se da por vencido. Los prófugos han ganado y no pagarán el taxi.

En el otro lado del bar, alguien deja caer un tubo de cerveza y el cristal se hace añicos en un charco de espuma.

-Mark y Steve saltan el muro y no pagarán el taxi -repite Miguel- Pero al otro lado del muro les espera un desnivel de 15 metros que los llevará al fondo de la cantera.

Olga asiente y pestañea. Cada vez hay más humo en el bar, parece como si una neblina se hiciera cada vez más densa entre ella y Miguel. ¿De dónde sale tanto humo?

-Hay algo muy equivocado en este mundo -dice él por enésima vez. Es su frase favorita.

Instintivamente Olga mira las muñecas de Miguel y ve nuevas cicatrices.

-Hay algo muy equivocado en este mundo -concuerta Olga- Pero me pregunto por qué debes ser tú el que pague por ello.

Miguel se tapa las muñecas con las mangas del jersey, pero no baja la vista. El respaldo de la silla es un tubo de metal que se retuerce y se enrosca como una serpiente. Olga es su mejor amiga, la mujer más bella que conoce y sin embargo cuando está con ella a menudo se siente molesto. Su cara brilla como el plástico y emite una luz mortecina. Le irrita la simetría de su rostro.

-¿Por qué no vuelves a trabajar con tu madre, Miguel? Sabes que te adora. Podrías dejar lo de camarero y dirigir la empresa.

Miguel se arregla los mechones que le caen por la cara. Parece imposible, pero se pone aún más blanco. El bar está a rebosar y a su lado se tambalean varios borrachos, pero su tono de voz siembra el vacío.

-Te envía ella, ¿verdad? ¿O ha sido ese fanteche de Álvaro?

Miguel ve como la expresión de Olga se tensa. Por un segundo, aparecen arrugas en la frente de la chica y él se arrepiente. Olga es una mujer equilibrada, pero tiene una pasión: odia a Álvaro. Es un sentimiento que Miguel comparte.

-No -rectifica- Seguro que ha sido esa vieja zorra. Ha montado un número para darte pena y te lo has tragado. Me lo puedo imaginar: "Eres muy joven para saber qué es la soledad", "No sabes lo que duele perder a un hijo"... Algo por el estilo, ¿verdad?

Miguel hace una pausa para respirar y la camarera les sirve dos vodkas. Las fosas nasales de Miguel palpitan furiosas y Olga se asusta. Ya no es agua oscura lo que fluye por sus ojos, sino sangre. En ese momento, por un instante, lo ve muy claro: su amigo sería capaz de matar.

-Debes saber algo -retoma él- Es posible que dos o tres veces más en mi vida las circunstancias me obliguen a hablar con mi madre. Pero jamás, por nada en el mundo, volvería a trabajar con ella.

Olga intenta desdramatizar, pero la noche se ha echado a perder. Diga lo que diga todo son reproches y malas caras. Miguel no es más que odio al hablar, rabia contenida, una violencia que asoma por todas partes y amenaza con estallar.

-Lo segundo -continúa el viejo impassible- Son dos hermanos enfrentados. Es una historia que viene de lejos. De niños ya se odian, son caracteres opuestos. Uno es brillante y rebelde. El otro no es muy listo, pero hace todo lo que le dicen. Intenta complacer a los demás para ganarse su cariño.

El inspector Figueres devuelve la mirada fijamente a aquel pequeño buda de frente arrugada. Por un segundo se pregunta si le está tomando el pelo, pero el viejo Carlos habla con una solemnidad inquietante. Su rostro conserva una expresión neutra, pero a medida que habla aparecen perlas de sudor en su frente.

-Pasan los años -prosigue Carlos- Y las cosas empeoran. Es una guerra sin cuartel. Uno de los hermanos se marcha porque no soporta la situación, pero se va cargado de odio. El otro hermano se queda solo al mando, pero se siente amenazado. Teme que su hermano vuelva y se lo arrebate todo. Y algo más sobre él... Se siente tan dolido que se ha refugiado en un mundo de fantasía. Padece una insatisfacción terrible. Estos hermanos serían capaces de matarse el uno al otro.

El inspector Figueres suspira y observa el cadáver de aquel hombre boca abajo en el suelo. Eso le pasa por hacer caso de Hernández. Todo el mundo sabía que no estaba bien de la cabeza. Pero, ¿qué policía lo está al fin y al cabo? El cuello de la camisa le incomoda y piensa que debería terminar con esta situación absurda lo antes posible. Figueres sufre claustrofobia y el despacho, aunque amplio, le asfixia. Querría salir al aire libre.

-No le han explicado nada, ¿verdad?

El inspector se sobresalta. Carlos ha descubierto su cara de fastidio. El viejo se pasa un pañuelo doblado por la frente y se seca el sudor. Sin pedir permiso se sienta en la butaca de cuero detrás de la mesa de abedul y juega con el lapicero. Ahora es él quien contempla al inspector con el entrecejo algo fruncido. Siempre se promete que no volverá hacerlo, pero cuando le llaman coge su abrigo y sale disparado hacia la escena del crimen.

-Seguro que esperaba que le dijese el nombre del asesino.

Carlos coge un bolígrafo y lo presiona entre los dedos. Por un segundo parece que lo va a partir, pero el anciano afloja la mano y devuelve el boli a su sitio. El viejo observa detenidamente los ojos húmedos del policía y sus movimientos inquietos. Ferran Figueres le despierta mucha curiosidad. Nunca había visto un inspector con sus maneras. Hay algo especial en él. ¿Quizás algo de su pasado?

Figueres piensa que el viejo está a punto de explicar algo, pero la puerta se abre y aparece el policía que dejó entrar a Carlos.

-Inspector, ya tenemos una pista firme. Es Álvaro Puértolas, el hijo de la Sra. Mussó. Tenía un arma en casa. Una Walther P-38. Es pronto para los informes de balística, pero los casquetes que hemos encontrado son de 9 mm. Además, hemos intentado localizarle y no ha habido manera. Seguramente se llevó el arma en su huida.

El inspector asiente y el policía desaparece por donde ha entrado. Frente a él, el viejo parece aliviado. Se ha ahorrado el discurso y hace el gesto de coger la chaqueta. El inspector duda. ¿Realmente necesita a aquel hombre?

Seguramente no, pero ya no se trata de eso. Ahora quiere satisfacer su curiosidad.

-Es sólo un sospechoso. Por favor, continúe con lo que me iba a contar.



En el apartamento de Álvaro parece como si el tiempo no pasase. En la penumbra, los iris sobre la mesa de caoba siguen siendo de un azul profundo con estrellas amarillas. De golpe, los proyectores se encienden y Rodrigo y Álvaro aparecen sobre sus sillones provenzales frente a frente.

-¿Has pensado alguna vez en tener novia? -pregunta el *coach*.

Álvaro suspira profundamente.

-¿Sabes cuál es mi película favorita? -y sin esperar Álvaro prosigue- *Sleepless in Seattle*. En España se tituló *Algo para recordar*. Hay un momento en que Barbara le explica a su hija Annie como conoció a su marido. "Cliff era camarero. Me convenció para que fuésemos a dar un paseo por el muelle a media noche. Y entonces me cogió de la mano. Estaba muerta de miedo. Se me pasaron un montón de ideas extrañas por la cabeza. Pero después me dejé llevar. En cierto momento miré hacia abajo, hacia nuestras manos, y no pude distinguir qué dedos eran míos y cuáles eran suyos. Y lo supe." ¿Sabes qué supo la madre de Annie?

-No -contesta Rodrigo- ¿Qué?

-Annie tampoco lo sabe y hace la misma pregunta. ¿Qué?

-¿Y qué contesta Barbara?

-Es el fragmento favorito de mi película favorita -afirma Álvaro- Me lo sé de memoria. Barbara alza los hombros y dice "Ya sabes".

-¿Ya sabes? -pregunta Rodrigo - No, no lo sé. ¿Qué es lo que debería saber?

-Eso contesta Annie. Y entonces Barbara dice: "magia, fue como magia".

Rodrigo permanece unos segundos en silencio y sólo se oye el climatizador como un ronroneo de gato. En el salón rústico de Álvaro, los muebles desprenden olores de maderas frutales y relucen con la suavidad de pátinas trabajadas manualmente. El rechampis de los sillones emite reflejos dorados.

-¿Magia?

-Sí, se cogen por primera vez de la mano y sus dedos se entrelazan de tal modo que Barbara no puede distinguir cuál es su mano y cuál es la de Cliff. Entonces entiende de golpe que ella y Cliff estarán juntos para siempre y que todo será maravilloso.

Rodrigo asiente pero no dice nada. Parece desconcertado.

-Te explico esto para que no malinterpretes lo que voy a decir. Yo soy el hombre más romántico del mundo, pero las relaciones de pareja son como los negocios.

En ese momento, el termostato del climatizador detecta una ligera subida de la temperatura. Al otro lado de la pared, el compresor hace variar la presión dentro del circuito. El líquido refrigerante sale disparado hacia el serpentín del evaporador y el ventilador se pone en marcha. Las aletas difusoras dejan caer sobre ellos una brisa refrescante.

-¿Las relaciones de pareja son como los negocios? -pregunta Rodrigo.

-Sí -insiste Álvaro ajustándose el reloj sobre la muñeca- Los negocios sólo se cierran si resultan provechosos para las dos partes. Tiene que haber correspondencia entre la oferta y la demanda. Yo sólo me casaré con una mujer si creo que me conviene, y ella hará lo mismo.

-Eso es verdad.

-Además, también hay que publicitar el producto. ¿Por qué crees que los cantantes de rock y las actrices tienen tanto éxito a la hora de encontrar pareja? Es muy sencillo: porque se les da mucha publicidad. Aparecen en carteles, revistas, programas de televisión... Lo mismo que los yogures o los coches más vendidos.

Rodrigo no dice nada, pero asiente maravillado. Detrás del cristal, una mosca intenta entrar en la habitación, pero choca repetidamente contra el vidrio. Al final, desanimada, emprende el vuelo en otra dirección y la estancia queda igual que antes, aséptica.

-¿Te has preguntado nunca porque algunos matrimonios se rompen? Es muy sencillo. Uno de los miembros suele encontrar una persona mejor con la que compartir su vida. Primero se tiene una aventura y luego llega el divorcio. Es una cuestión de competitividad. Si aparece un producto mejor en el mercado el producto anterior queda obsoleto. Por eso hay que saber adaptarse al mercado. Es el libre intercambio del deseo.

Álvaro sonríe con satisfacción. Pero Rodrigo se mueve incómodo sobre el asiento de paja.

-Entonces, ¿has pensado en buscar novia o no?

-Querido Rodrigo, claro que he pensado en buscar novia. Pero mis circunstancias son las mismas que las de un producto de lujo. Si yo fuese un producto de amplio consumo todo sería más fácil. En los supermercados los botes vuelan de las estanterías porque son baratos y una multitud de gente va a comprar allí. En cambio los productos de lujo están destinados a una clientela muy selecta. Dime, ¿cuántos altos ejecutivos conoces en Barcelona con un piso con el mío?

Álvaro señala el espacio diáfano de 200 metros cuadrados, la alfombra de seda, los muros de piedra, la gran pantalla de plasma.

-Si además añades que soy joven, que voy al gimnasio, que cuido de mi alimentación, que soy guapo, que heredaré una fortuna... Dime, ¿cuántas mujeres conoces que tengan tantas cosas para ofrecerme como yo a ellas?

Álvaro mira hacia la pared donde hay colgado un póster. Aunque tiene un marco de madera con molduras floridas, se trata de un póster que resulta desconcertante en aquel apartamento. Es un anuncio de sostenes.

En él, se ve a una mujer en ropa interior sobre un fondo beige. Tiene las piernas cruzadas de forma insinuante, con los labios entreabiertos y mechones de pelo en el aire, como si soprase entre ellos una ligera brisa. Álvaro admira su aspecto imaculado. Ni una gota de sudor, ni una arruga en la piel, los poros siguen una alineación perfecta. Tiene el busto erguido y los dedos de la mano dibujan una curva delicada que se termina con unas uñas largas y nacaradas.

Un foco se enciende sobre el póster y Álvaro ve como el viento agita suavemente los cabellos oscuros. La modelo mece las caderas con lentitud y sus labios carnosos tejen tres palabras en inglés: "I love you". Más que una mujer parece un símbolo, ¿pero un símbolo de qué?

-¿Cuántas mujeres pueden ofrecerte a ti tantas cosas como tú a ellas?

-pregunta el *coach*- No sé. Supongo que pocas. Muy pocas.

-Sólo hay una -replica Álvaro sin quitar los ojos del póster- Puedes creerme. He hecho un estudio de mercado.

-Un desengaño amoroso, eso seguro. Una gran decepción. Pero hay más. Toda una concepción de la vida se va al carajo.

El inspector Figueres mira a Carlos con escepticismo. En su mente resuenan aún las palabras del anciano. "Los humanos somos para el dolor lo mismo que el metal para la electricidad. Piensa en la guerra entre judíos y palestinos. Alguien comete un atentado y produce gran dolor. En represalia, el bando contrario ataca una aldea y causa una veintena de muertos. Más dolor. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que se cometa otro atentado en sentido contrario? El dolor crea violencia. La violencia causa más dolor y un dolor mayor provoca una mayor violencia. Es una espiral que no tiene fin. Yo no adivino el futuro. Tampoco puedo ver el pasado. Sólo siento los rastros que deja el dolor. Cuando alguien comete un crimen, a menudo quiere devolver el daño que le han infligido. Si sigo los rastros del dolor a veces descubro la cadena de acontecimientos que provocó el crimen".

El inspector mira las estanterías de madera y observa los lomos de los libros. Unos pocos diccionarios, guías de márketing, docenas de dossiers encuadernados. ¿Cuánto tiempo llevan encerrados en esa habitación? Él debería estar en la comisaría hace rato. Tendría que hablar con el responsable de prensa. Debería redactar un informe. Cualquier cosa con tal de salir de este despacho.

-Su vida iba viento en popa. En los últimos meses las cosas le van mejor todavía. Y de repente... ¿Qué pasa de repente?

Carlos cierra los ojos y las arrugas se multiplican en su frente. En su interior, en medio de la oscuridad, están las manchas blancas como deslumbrantes explosiones de magnesio. Sabe que no debe acercarse demasiado, pero si no lo hace no averigua gran cosa. ¿Qué demonios ocurre en la vida de aquel hombre, así, de un día para el otro? Carlos se aproxima un poco más en su visión. De golpe, la musculatura lisa en sus intestinos huecos sufre un espasmo y la distensión de las vísceras pélvicas y abdominales activa los receptores del dolor.

-¿Estás bien?

La voz del inspector suena distante. Tumbado en el suelo y sudando a mares, Carlos no abre los ojos. Ferran se arrepiente de no haberle creído antes. “Los humanos somos para el dolor lo mismo que el metal para la electricidad”. El inspector no sabe cómo, pero es verdad. Lo ha visto en la expresión desencajada del viejo. Es imposible fingir algo así. El dolor es una hilera de fichas de dominó que han caído, sólo hay que seguir el rastro.

-Hay tanto sufrimiento aquí –murmura Carlos incorporándose con dificultad- Pocas veces he sentido tanto sufrimiento.

El inspector se gira hacia la entrada y se pasa la mano por los ojos. Es un hombre sensible y está impresionado. Piensa que el don de Carlos no es de envidiar. Hay rastros de dolor por todas partes. Por eso el viejo tiene el rostro cuarteado de arrugas: no sólo ha padecido el dolor en primera persona, sino que ha absorbido todo el desconsuelo a su alrededor. Carlos le da pena.

De golpe, el anciano abre los ojos más de lo normal y el inspector entiende que ha descubierto algo. Pero antes de que pueda preguntar se abre la puerta y aparece el policía de antes con la gorra en las manos.

-Ya lo tenemos -anuncia- Es Álvaro Puértolas. La portera lo vio salir de su casa antes de lo habitual y una vecina se cruzó con él en la escalera poco antes de que se oyesen los disparos.

-Muchas gracias, Alex.

El policía desaparece por la puerta y el inspector mira a Carlos. En unos segundos sus sentimientos por el anciano han cambiado por completo. ¿Y si también pudiese adivinar su pasado a través de los vestigios del dolor? A Ferran no le gustaría que Carlos supiese de su vida. Ahora tiene una excusa para mandarlo de vuelta a su casa.

El anciano mira al inspector y detecta algo extraño en la mirada mojada y huidiza del policía. Se pregunta qué es, pero ahora hay un asunto más urgente.

-No fue Álvaro.

El policía lo mira extrañado. Hace nada Carlos le explicaba que no podía decir el nombre de un asesino, que sólo podía detectar indicios que quizás conducirían a la resolución del crimen.

-Yo no me preocuparía por él -continúa el viejo.

La compasión que había sentido en un principio se disipa por completo. ¿En qué momento se le ocurrió hacer venir a aquel hombre? Su arrogancia le molesta. Piensa en darle las gracias y echarlo de allí, pero la puerta vuelve a abrirse y asoma un policía nuevo.

-La Sra. Mussó está aquí. Ya ha reconocido todos los cadáveres menos éste.

-Dile que pase.

Una mano llena de venas y arrugas se apoya en el quicio y aparece la silueta obesa de la Sra. Mussó. Va enfundada dentro de un vestido de algodón

con grandes botones blancos y un estampado de mariposas. Tras sus gruesas gafas circulares no se adivina ninguna emoción.

–Sra. Mussó –dice el inspector tratando de recuperarse de la impresión inicial– Antes de nada me gustaría hacerle una pregunta. ¿Conoce el paradero de su hijo Álvaro?

En el otro extremo de la habitación, Carlos sonríe. Detrás de él, tras las cristaleras, la cornisa de piedra del edificio modernista resulta inquietante. La joven sigue inmóvil e incauta en medio del prado, con las faldas al viento y el bebé en brazos, mientras el fauno acecha y el cuervo sonríe malicioso sobre el cráneo pelado. Pero más allá hay también una mula con el hocico abierto, como si gritase, y un oso vestido con una armadura de guerrero. Al inspector le da un escalofrío. ¿Qué artista de mal gusto pudo realizar un conjunto tan grotesco? El inspector se gira y mira hacia la dueña de la empresa, pero la Sra. Mussó permanece en silencio.

–Se lo preguntaré de nuevo. ¿Sabe dónde está su hijo Álvaro?

El viejo sonríe otra vez y el inspector se pregunta qué resulta tan gracioso. Sin embargo la Sra. Mussó sigue sin decir nada. No parece en estado de shock, tan sólo como si estuviese un poco abstraída. El inspector piensa en levantar la voz para hacer la pregunta una última vez, pero entonces el dedo de Carlos señala y la Sra. Mussó asiente.

El cadáver de Álvaro Puértolas está tendido a sus pies.



La gran mesa de fórmica de la sala de reuniones está cubierta de canapés y botellas de cava. A su alrededor se aprietan los empleados de Alpha Márketing. Natalia está encantada, y le explica a Nuria que la próxima Navidad quiere pasarla en Sudamérica, lejos del frío. Nuria asiente, dice que es una buena idea, que ya le gustaría a ella, pero que con su padre enfermo no podría acompañarla.

La Sra. Mussó está en un extremo de la habitación, sola. Resulta demasiado imponente y nadie se le acerca. Además ella no es muy dada a estas muestras de afecto. Está acostumbrada a la soledad y devora uno tras otro los canapés de piña con jamón serrano. Es una forma de pasar el tiempo.

Álvaro sujeta una copa de cava y contempla la escena lleno de condescendencia. Estas celebraciones de empresa resultan incómodas para todos.

–Qué silencio –dice Gemma– Ni que fuese un funeral.

Sasha trae un radiocasette de la sala de entrevistas y sintoniza una emisora que emite villancicos. En otro rincón, Gemma y Leire hablan de los problemas con la clienta en el estudio sobre parches anticonceptivos.

Entonces las puertas emiten un sonido sordo y aparece Olga con su larga cabellera negra. Sonríe a derecha e izquierda con amabilidad pero apenas le devuelven la sonrisa. Nadie sabe muy bien por qué, pero a todos les resulta antipática.

Al verla entrar Álvaro siente como si un potente faro inundase la sala con su luz.

–¿Te gusta mi reloj?–le pregunta a Olga– Es un Oyster Perpetual de la casa Rolex. Inmunes al tiempo, los relojes Rolex están hechos para durar. Su secreto está en la calidad.

–¿Ah sí? –Olga no se lo puede creer. No se puede creer que le vaya a explicar otra vez lo mismo.

–Si te gusta hay unos modelos para mujer preciosos. Yo te aconsejaría el Lady Datejust de 26 mm estilo Eterno. Con brazalete Jubilé, bisel acanalado y esfera Goldust rosa engastada con diamantes.

–En los teléfonos móviles se puede leer la hora –intenta acortar Olga– ¿Quién necesita un reloj hoy en día?

–Por eso mismo. Un reloj es un símbolo de distinción. Sirve para diferenciarte de los demás.

Olga se lleva un canapé a la boca y lo mastica con lentitud, deja que un mechón le tape los ojos y cuenta hasta tres. Cuando vuelva a abrir los párpados Álvaro habrá desaparecido. No estará allí porque jamás ha existido. No puede existir alguien tan estúpido. Pero Olga abre los ojos y Álvaro sigue allí.

–¿Te he explicado alguna vez como Hans Wilsdorf consiguió que el primer reloj Oyster fuese un éxito? –y sin esperar la respuesta Álvaro prosigue– En 1927 Mercedes Gleitze se dispone a cruzar a nado el canal de la Mancha. Hace tan sólo un año que Rolex ha patentado la caja Oyster, el primer reloj sumergible. ¿Y qué hace Wilsdorf?

Olga observa con detenimiento la camisa a rayas, el pelo planchado hacia el lado con gomina, los ostentosos gemelos de oro. A su alrededor los otros empleados van y vienen con su trajín de copas y canapés. ¿Cómo podría escapar de la situación?

–Pues Wilsdorf le regala un Oyster a Gleitze con la condición de que lo lleve durante la travesía del canal de la Mancha y que escriba una carta sobre el resultado. Contrariamente a lo que mucha gente cree, Gleitze no consiguió atravesar el canal en esa ocasión. De hecho lo había logrado hacía tan sólo unas semanas, pero su resultado se puso en entredicho porque aquella misma semana otra mujer aseguró haberlo logrado y luego confesó que había hecho trampas...

¿Y si se tirase la copa de cava por encima? Mira en dirección de la Sra. Mussó, pero la propietaria sigue concentrada en los canapés.

–Sin embargo aquel día el agua estaba helada y Gleitze se quedó a siete millas de la costa inglesa. Pero eso a Wilsdorf le daba igual. El Oyster resistió la travesía y el cofundador de Rolex publicó un anuncio en la portada del London Daily Mail. En el anuncio había una foto de Mercedes y se publicitaba “El asombroso reloj que desafía los elementos”. Puede parecer una tontería, pero en aquella época...

Olga suele resultar más bien hierática, pero llegados a este punto mira descaradamente a izquierda y derecha buscando su salvación. Gemma pasa por allí, pero cuando va a interpelarla se da la vuelta y queda de espaldas. Le viene a la cabeza la imagen centelleante de Miguel. Físicamente Álvaro y él se parecen un poco, pero no podrían ser más distintos.

–En aquella época resultaba difícil de creer que un reloj fuese sumergible. De hecho, Rolex aconsejaba que los joyeros lo expusiesen en la vitrina dentro de un acuario, con peces de colores.

Álvaro busca en Olga el efecto de sus palabras. Bajo la luz del foco observa los labios entreabiertos de forma insinuante y los mechones de pelo en movimiento, agitados por una brisa revoltosa. Tiene el busto erguido y los dedos de la mano dibujan una curva delicada que termina en una uñas largas y nacaradas. Olga mece las caderas lentamente para él y sus carnosos labios murmuran “I love you”. No hay duda, está subyugada.

–El anuncio en la portada del London Daily Mail causó furor. Desde entonces Rolex siempre ha intentado asociar sus relojes con hazañas deportivas. Es una estrategia comercial excelente, ¿no crees?

Olga se da por vencida. Pone la mente en blanco y espera a que pase la tormenta. A su alrededor, en suspensión en el aire, flotan invisibles ácaros, esporas, escamas de piel humana. Fuera del tiempo y el espacio, Olga tan sólo observa ahora los ojos oscuros de Álvaro y de repente ve en ellos un brillo extraño, un agua sucia que corre bajo las pupilas de vacuno.

–Hay quien dice que el nombre de Rolex se le ocurrió a Wilsdorf mientras viajaba en un autobús. Dicen que se inspiró en el sonido que hace un reloj cuando se le da cuerda. Pero otras fuentes mencionan que surgió de la abreviación de un eslogan de la época: “Horlogerie Exquise” –Álvaro hace una pausa y prosigue con orgullo– Es francés. Quiere decir “Relojería exquisita”.

Olga lo taladra con la mirada. Su estupidez va más allá de lo que podía imaginar. Sin embargo la corriente tenebrosa que pasa por las pupilas de Álvaro crece sin cesar de forma preocupante. Se trata ahora de un río negro

que avanza de forma arrolladora y lo destruye todo a su paso. Olga lo observa inquieta mientras él continúa su interminable cháchara y se siente como una niña que observa el caudal del río desde lo alto de un puente. ¿Qué hay dentro de aquella cabeza engominada? El vacío. La nada más absoluta. Una soledad irremediable. Un hombre destinado a ser infeliz.

Olga se sobresalta.

–Necesito un poco más de tiempo, Ferran.

El inspector Figueres mira a Carlos, suspira de nuevo y se va hacia las cristaleras. Fuera las nubes se han disipado y brilla un sol de primavera. Bajo la luz del sol todo parece más alegre allí fuera. Incluso la cornisa de piedra con sus esculturas macabras ha perdido su aspecto amenazador.

–Vamos a ver –dice el inspector– Si sólo detectas el rastro que deja el dolor...  
¿Cuál de las personas de esta oficina ha sufrido más?

–La Sra. Mussó –contesta Carlos sin dudar.

–¿Eso hace de ella la principal sospechosa?

–No forzosamente. Quizás ha sufrido más porque es más mayor. Sólo eso.

Ferran se pasa la mano por la cara una vez más. Parece como si le llorasen los ojos. Carlos se concentra con disimulo. ¿Cuál es la herida abierta que hace que los ojos del policía siempre estén húmedos? ¿Por qué ese carácter melancólico?

El inspector se lleva los brazos a la espalda y fija la vista en el horizonte de la ciudad, donde terminan los edificios y comienza el verde de la montaña. Le encantaría estar allí, en el bosque, al aire libre. Comienza a dudar de la utilidad de Carlos, pero piensa en darle una última oportunidad.

Carlos mira en dirección del inspector, pero el otro no se gira. Por ahora no puede visualizar nada. El viejo también empieza a sentirse inútil y no le gusta. Desde que se jubiló añora a los compañeros, los casos, los juicios. Por eso siempre va corriendo hacia la escena del crimen cuando alguien se lo pide.

Al final, el inspector hace un gesto de aprobación y el viejo se concentra de nuevo con intensidad.

–La Sra. Mussó es la niña del abrigo rojo. Jamás perdonó que se lo manchasen de barro.

En el otro lado de la habitación, el inspector Figueres arquea una ceja. ¿Qué tendrá que ver con todo esto el abrigo rojo de una niña que se manchó hace 60 años? Pero luego recuerda las palabras del viejo Carlos. A veces una catástrofe se supera con facilidad, otras veces una ofensa insignificante se convierte en el detonador de tragedias futuras. No se puede pasar nada por alto.

–Lo segundo –continúa el viejo impassible– es esa misma niña al cabo de unos años. Es casi una adolescente. Está sentada al borde un camino. Se acerca un chico y entabla conversación con ella. Pasan minutos, media hora, una hora. Ella piensa que son amigos, pero al cabo de un rato él la lleva entre los arbustos y la viola.

El inspector fija de nuevo la vista en la joven de piedra con las faldas alborotadas de la cornisa de enfrente. Allí está con su sonrisa cándida sin percibir a su alrededor el fauno al acecho, el negro cuervo que la observa siniestro desde la calavera. Pobre Sra. Mussó.

–Pasan los años –prosigue Carlos– Esta mujer encuentra su gran amor y tienen dos hijos. Es un momento muy bonito. Parece que por fin ha encontrado la serenidad y podrá olvidar los malos tragos que ha pasado. Pero su marido la abandona... Y de qué forma tan poco elegante. Parece como si quisiese herirla a propósito.

Ferran se queda pensativo escuchando la voz cadenciosa del anciano. Carlos desgrana todos estos infortunios con una indiferencia pasmosa. Las arrugas de su rostro no reflejan sentimiento alguno y el inspector entiende que se ha equivocado. Antes Carlos le dio pena porque percibía todo el dolor de los demás. Pero ahora Ferran entiende que el viejo ha desarrollado una coraza. Está muy por encima del dolor. Hace tiempo que no siente nada.

De golpe Carlos se ríe y su risa coincide con una bandada de palomas que cruza los grandes ventanales.

–¿Qué pasa? –se gira el inspector.

–No te lo vas a creer –continúa Carlos– Es una mujer de una gran vanidad. Hay también un dolor importante por una vocación no realizada. La Sra. Mussó quería ser vedette de music hall. Hubiese disfrutado bajando unas largas escaleras con zapatos de tacón alto, vestida con plumas y rodeada de bailarines que se lanzarían a sus pies.

El inspector Figueres frunce el entrecejo y Carlos aparta la vista. No hay tiempo para asuntos jocosos.

–Pero eso es una minucia –retoma– La Sra Mussó arrastra con ella un dolor inmenso. Es algo que viene de lejos. Con ese dolor se ha abierto camino en la vida a codazos. Ha insultado, pisado, difamado. Toda su fortuna la ha ganado con el impulso que le ha proporcionado ese dolor. Ha querido demostrarle al mundo que es capaz de cualquier cosa que se proponga.

Tan sólo a unos metros frente a él, el inspector Figueres observa de nuevo la joven de las faldas alocadas. Allí está, inocente y sonriéndole al cielo, sin darse cuenta del infausto cuervo o el lúbrico fauno. Pura y bondadosa, no reconoce los oscuros presagios de la mula que grita y el oso vestido con la



armadura de guerrero. Es la historia más vieja de la humanidad. Hazle daño a un inocente y al cabo de poco se convertirá en un monstruo que lo arrasará todo a su paso. El dolor recorre a los humanos como una corriente eléctrica.

El inspector entrecierra los ojos y se fija de nuevo en el rostro de la muchacha de piedra. ¿Qué es esa extraña expresión que no había detectado antes?

–Pero también hay algo muy doloroso y reciente –prosigue Carlos– La Sra. Mussó echa mucho de menos a su hijo Miguel. Está dispuesta a cualquier cosa para hacerle volver. Está dispuesta a manipular, a mentir. Utilizará todos los recursos a su disposición y de las formas más deshonestas –el tono de voz de Carlos se hace cada vez más grave, como si él mismo se horrorizase de lo que está diciendo– Para hacerle volver, la Sra. Mussó sería capaz de matar a su otro hijo.

El inspector ha oído perfectamente lo que ha dicho Carlos, pero no se da la vuelta. Sigue con la vista pérdida más allá de los cristales y observa horrorizado la expresión de la mujer entre el fauno y el cuervo de la calavera. Lo que había tomado por una mirada inocente son ojos como espadas. La chica parecía que alzaba hacia al cielo una sonrisa virginal, pero en realidad profiere con sus labios una diabólica carcajada de piedra.

La Sra. Mussó está con los creativos en la sala de reuniones y Olga se sienta a su derecha, tomando notas. El cilindro hidratante anti-fatiga 24 horas desprende destellos rojos bajo las luces fluorescentes sobre la gran mesa ovalada.

-Porque cuidarse ya no es sólo cosa de chicas -dice Javier.

La Sra. Mussó se queda un segundo en silencio.

-Quizás hace ocho años hubiese sido un buen eslogan -responde- Pero las cremas para hombres se han impuesto en las tiendas. Ya no se consideran cosa de afeminados.

Los creativos asienten y Javier mira hacia el suelo. La Sra. Mussó observa inquisitiva a los demás, esperando más propuestas, pero los empleados rehuyen su mirada y la fijan en la pared, en Olga, en el frasco azul de vitalizador vaporizable con concentrado de plancton.

-Aprovecha la tecnología para el cuidado personal -aventura Eduardo- Así se asocian los productos de belleza con un área típicamente masculina.

-No está mal -reflexiona la Sra. Mussó.

-Tecnología pura -dice Germán- Sé un pionero con la mejor gama de productos hidratantes y entierra los estereotipos.

La Sra. Mussó vacila un instante, pero termina con una mueca de desaprobación.

-Está bien a nivel de valores. Se subraya la innovación y se presenta como un producto progresista. Pero buscamos algo más contundente, ya os he dicho

que las cremas para hombres están asentadas en el mercado. Venga, disparad.

Sasha se rasca la oreja con modestia. Es el empleado más reciente y empieza a destacar por sus ideas. Todos entienden que va a lanzar una propuesta arriesgada.

–¿Quieres ser tan guapo por fuera como por dentro? Las arrugas pueden mermar la confianza en ti mismo y convertirse en un problema para tus relaciones sociales. Empieza a tratarlas antes de que arruinen tu vida personal.

La Sra. Mussó medita un segundo apreciativa. Pero Eduardo protege su antigüedad y prestigio.

–¿No es demasiado agresivo? ¿No sería mejor anunciar productos para combatir el estrés y el ajetreo de la vida moderna?

La Sra. Mussó pide la opinión de los demás con un gesto de la cabeza. El bolígrafo de Olga se detiene sobre el bloc de papel. Eduardo mira a sus compañeros buscando aprobación, pero nadie se atreve a salir en su defensa.

–A ver –se justifica Eduardo– El objetivo de la investigación de mercado es descubrir las necesidades del consumidor para que las empresas puedan mejorar la satisfacción de sus clientes. Todos los estudios de mercado indican que el estrés es la principal queja de los consumidores. Por lo tanto debemos proponer una línea de productos de belleza para combatir el estrés. Así colmamos la necesidad de los consumidores, aumentamos su grado de satisfacción y disparamos la venta de los productos. Una carambola perfecta.

Olga mira de reojo a la Sra. Mussó y ve como sus labios forman una sonrisa. Toda su cara expresa una tensión poco habitual. En momentos como estos los rasgos de la Sra. Mussó se afilan, la inteligencia incendia sus pupilas

y su expresión se rejuvenece. De repente ya no parece una anciana indefensa, sino un general al mando de un ejército.

-¿Eso es lo que dicen en la universidad? -pregunta la propietaria de la empresa- Abre bien las orejas porque lo que voy a explicar no lo enseñan en ningún máster. Nosotros no colmamos necesidades. Y sobre todo no aumentamos la satisfacción de los clientes.

La Sra. Mussó se levanta de su silla con agilidad. Parece una niña traviesa. Se acerca a la ventana y fija sus ojos en los edificios iluminados del Ensanche. Por la noche, las estatuas de la cornisa de enfrente tienen una aureola amarilla.

-Esta ciudad está llena de personas con un salario bajo y un trabajo que les aburre. Con una vida sexual mediocre o inexistente. Con aspiraciones románticas insatisfechas. Se sienten solos, explotados y decepcionados. Como vosotros.

La Sra. Mussó lo dice con tanta naturalidad que los creativos ni siquiera disienten. Tienen ante sus ojos a la gran estrella que ha triunfado en el mundo de la publicidad y ellos también desean el éxito. Beben sus palabras fascinados.

-Su vida no tiene ningún sentido, pero lo llevan con deportividad. Al fin y al cabo todos esos desgraciados también tienen amigos, una pareja que les hace algo de compañía y los fines de semana se distraen un poco. Casi consiguen olvidarse de ese trabajo asqueroso que les esclaviza. Pero, ¿qué pasa entonces?

Mientras su jefa parlotea, Olga clava la punta del bolígrafo en el papel. Tan sólo ella mira a la Sra. Mussó con un amago de rencor.

Antes de entrar en la sala la propietaria de la empresa le ha preguntado cuál ha sido la reacción de Miguel a su propuesta. Aquel número medio llorosa mirando por la ventana: "Desde el día que te quedas embarazada todo son problemas..." Miguel tenía razón. Lo había preparado todo sabiendo que ella correría a decírselo. Se siente utilizada.

-Entonces salen a la calle y encuentran un inmenso panel publicitario que escarba en lo más miserable de sus insatisfacciones. Ellos podrían ser ese hombre fornido que pasea ocioso con una rubia despampanante por una playa tropical. Ellas podrían ser esa mujer triunfadora que viste traje chaqueta y vive en un apartamento de lujo. Y entonces, cuando ya casi habían conseguido olvidarse de lo insignificante de su existencia, tú vas y les recuerdas que su vida es un asco. Y ese hombre y esa mujer van corriendo a los almacenes más próximos para comprar un producto que les obligará a trabajar más que nadie y serán más infelices que nunca. A cambio, la economía alcanzará nuevas cotas de bonanza. La prosperidad de esta sociedad es proporcional a la infelicidad de sus miembros.

La Sra. Mussó se vuelve hacia la mesa y ve a los jóvenes creativos hipnotizados. Pero ella no lo acusa. Está acostumbrada a su superioridad natural. Nunca llegó a vedette del Paralelo, pero nadie puede negar que es la mejor en lo suyo.

Olga también la mira estupefacta, pero por otros motivos. La Sra. Mussó tiene la misma expresión que su hijo Miguel. La misma rabia contenida, el mismo odio al hablar, una violencia que asoma por todas partes y amenaza con estallar.

-Volveré dentro de una hora y quiero un eslogan perfecto -dice la señora  
Mussó- Al leerlo debes sentirte como una mierda.

El inspector Figueres se sienta tras la mesa de abedul que solía ser de Álvaro. Frente a él está la Sra. Mussó con sus gruesas gafas concéntricas y su horrible vestido de mariposas con botones blancos. Lleva el cabello recogido con una cinta rosa que le da un aire de colegiala.

-¿Tiene usted enemigos Sra. Mussó? -pregunta el inspector- Me refiero a si alguien saldría beneficiado con una matanza como ésta en su empresa.

La Sra. Mussó se pasa la mano por el pelo y se asegura de que la cinta está en su sitio. Echa un vistazo hacia la esquina de la habitación y se pregunta qué pintará ese hombre mayor sentado en un taburete. Es Carlos, el inspector le ha pedido que se quede con ellos.

La Sra. Mussó se ajusta las gafas y se pregunta si tiene enemigos. Se ha pasado 40 años haciendo competencia desleal a las empresas del sector con las triquiñuelas más sucias. Ha tratado de forma humillante a la mayor parte de sus empleados durante décadas. Ha despedido bajo excusas inverosímiles a todas las mujeres que se quedaban embarazadas para no pagar la baja de maternidad.

-No -dice sorbiéndose ligeramente la nariz- Ahora mismo no se me ocurre nadie.

El inspector mira en dirección de Carlos. Le gustaría contrastar todo lo que el viejo le ha explicado con la Sra. Mussó, pero no se atreve.

El juez ya ha efectuado el levantamiento de los cadáveres y la Sra. Mussó mira hacia el charco de sangre coagulada donde se dibuja la silueta de

su hijo Álvaro. De golpe, la anciana se echa a llorar, se saca un pañuelo del bolsillo y exclama azorada: “perdonen, perdonen...” Sin embargo, Carlos la observa desde su rincón y siente la ausencia de dolor en la sala. Lágrimas de cocodrilo.

-Si no tiene enemigos, Sra. Mussó -prosigue el inspector tras una breve pausa- ¿Se le ocurre algún motivo por el cual alguien haya podido cometer este asesinato múltiple?

-¿Acaso no está claro para ustedes? -contesta la Sra. Mussó- Esto ha sido obra de un perturbado. Tan sólo un loco podría hacer algo así.

El inspector y Carlos no intercambian ni una mirada, pero los dos saben que están pensando lo mismo. Cuando hay un asesinato los familiares desempolvan de inmediato antiguas rencillas. Fue el vecino con el que arrastran un litigio por un problema de lindes. Fue la mujer a quien le compraron una casa a mitad de precio con engaños y artimañas. Fue el padre del niño que atropellaron sin querer el verano pasado. Todos intentan encontrar una explicación lógica para la tragedia. La Sra. Mussó sabe más de lo que cuenta.

-Dígame -continúa el inspector- ¿Dónde estaba esta mañana alrededor de las nueve?

La Sra. Mussó se lleva las manos a la cabeza. ¿Cómo se atreven a preguntar algo así? ¿Cómo podían pensar que una ciudadana ejemplar como ella? Mientras se indigna y profiere exclamaciones, la Sra. Mussó gira la cabeza hacia todos lados en medio de su notable papada. Parece una tortuga más que nunca y hace gala de una gesticulación admirable. Hubiese sido una buena actriz de vodevil, piensa Carlos con una sonrisa.



-He salido de mi casa a las diez de la mañana, en cuanto me han llamado. Pueden comprobarlo con mi criada, mi chófer y el portero del edificio.

-Lo haremos -contesta tajante el inspector. La teatralidad de la anciana le pone de mal humor.

Mientras pide por teléfono que verifiquen la coartada de la Sra. Mussó ve como la vieja mira hacia izquierda y derecha preocupada. ¿Podría ser esta anciana embutida en un traje de mal gusto la asesina de su hijo y seis de sus empleados?

-Dígame otra cosa Sra. Mussó -prosigue el inspector tras colgar el teléfono- ¿Cómo definiría su situación familiar?

La Sra. Mussó vuelve a arreglar la cinta rosa que le sujeta el pelo y sube el puente de las gafas hasta arriba de la nariz. Luego se estira la falda hacia abajo y se sienta de nuevo sobre la silla. Parece como si no acabase de estar cómoda.

El inspector la mira severo, pero Carlos observa a la Sra. Mussó con benevolencia. La anciana le enternece un poco. Le recuerda a su difunta madre, que también tenía reacciones peregrinas ante situaciones trágicas.

Aún puede verla, un día al volver del colegio con trece años, con su delantal de colores y un peinado enrevesado, más contenta de costumbre. Le sirve una merienda excepcional y Carlos piensa que hay algo que celebrar. Su madre va de un lado a otro de la cocina llena de energía y canta coplas y boleros. ¿Por qué está tan feliz mamá?

Carlos muerde el bocadillo de queso y de repente ve una gran explosión blanca en su interior. Mamá está en el hospital al lado del cadáver de papá, que ha sufrido un accidente. El niño se gira hacia su madre y lo comprende

todo. Su padre ha muerto y ella no sabe cómo decírselo. Ese día Carlos descubrió que tenía un don.

-¿Mi situación familiar? -pregunta la anciana- No sé a qué se refiere.

Al mismo tiempo Carlos ve como aparece en su interior una pequeña mancha blanca: Es tan sólo una llama diminuta que arde de forma tímida, pero no deja lugar a dudas. El inspector está caminando sobre terreno sensible.

-Bueno -carraspea el inspector y, de repente, se lanza- ¿Qué estaría dispuesta a hacer para que su hijo Miguel volviese a trabajar aquí?

La Sra. Mussó abre la boca de par en par y el inspector sonríe para sus adentros. Las deducciones de Carlos son ciertas. La mujer se lleva las manos a la cabeza de nuevo.

-¿Quién le ha dicho a usted...?

Sin embargo, la anciana no puede terminar la frase porque suena el teléfono sobre la mesa. El inspector atiende y escucha la voz de uno de sus colaboradores. La coartada de la Sra. Mussó ha sido confirmada, estaba en su casa cuando se cometió el asesinato. El inspector reflexiona un segundo y piensa en la conveniencia de guardarse esa información para sí mismo. Una mujer tan poderosa como la Sra. Mussó podría haberle encargado el crimen a cualquier asesino a sueldo. Hay que seguir la misma línea de investigación.

-Sra Mussó -dice tras colgar el teléfono- ¿Se llevaba bien su hijo Miguel con su hijo Álvaro?

De repente, en la oscuridad de sus adentros, Carlos ve un enorme fogonazo. La pequeña llama tímida es ahora una enorme superficie blanca que ondea hacia los cuatros costados como una bandera. Es fácil asomarse a su

interior. Incluso el inspector, que no tiene ninguna percepción especial, se da cuenta de que la Sra. Mussó está asustada.

-Diga -remata el policía antes de que la anciana se recupere- ¿Hay algo sobre su hijo Miguel que no sepamos y que debamos saber?

La expresión de la Sra. Mussó cambia de golpe y la vieja pone las manos gordezuelas sobre la mesa. Carlos ve con toda claridad el centro de la mancha blanca como una explosión de magnesio. En su interior está la imagen de Miguel.

La Sra. Mussó sabe que él es el asesino y hará cualquier cosa para defenderlo, porque es lo que más quiere en el mundo. Ésa es la fuente de donde emana su dolor. En efecto, la cara apacible y despreocupada de la anciana ha desaparecido y la Sra Mussó muestra una expresión amenazadora y altiva.

-Cuando hablen con él mis abogados han de estar delante -declara- Y más vale que les avise, tengo mucha influencia en el ayuntamiento.

Miguel está sentado en la mesa de siempre. Es tarde y ya casi van a cerrar el bar. Ha perdido la cuenta de los cubatas que lleva. Ha esnifado más de dos gramos de coca. A su alrededor brillan luces doradas que parpadean como luciérnagas y luego se esfuman. El humo a su alrededor se hace más denso, como si algo ardiese en la sala. La silla de delante desaparece un instante. Cuando vuelve a aparecer hay una chica sentada. Es menuda y entrada en carnes. Lleva sombra de ojos negra. No le mira. No se mueve. ¿Cuánto tiempo transcurre así?

–Hoy en el diario explicaban un accidente en un cementerio –dice la chica– iban a enterrar a una mujer de 90 años que había tenido una descendencia numerosa. Delante, los hijos de la mujer llevaban el ataúd. Detrás iba el resto de la familia, las hijas con sus maridos, las esposas, los nietos e incluso los bisnietos. Me imagino los comentarios. “Lo siento mucho”, “mi más sentido pésame”, “qué se le va a hacer, tuvo una vida larga y con muchos hijos, ahora puede descansar”.

Miguel no sabe cómo ha ocurrido, pero la chica bajita está hablando y tienen las manos cogidas. Los ojos de ella sobresalen entre las manchas negras del maquillaje y transmiten una extraña sensación de tranquilidad. El bar a su alrededor está vacío.

–Entonces, dos calles más arriba, el remolque de un camión se desengancha y baja sin control por la calzada. Normalmente hubiese ido a estrellarse en un descampado, pero un bache cambia la dirección de las ruedas y el remolque

baja otra cuesta y coge aún más velocidad. Al final de la cuesta derrumba la valla del cementerio e impacta contra el cortejo fúnebre.

La chica se pasa la mano por el pelo y los pendientes brillan fugazmente. Son dos dragones de plata con ojos de cristal negro. En los altavoces cochambrosos del bar suena una canción de los años 80. “Aquí no existe la compasión/ no es posible la evasión/ todos defienden con valor./ ¡Sangre! Es lo que hará perder/ ¡Sangre! Es lo que hará vencer./ ¡Sangre!”

–En el choque murieron dos hijos de la difunta, de alrededor de 60 años, cuatro nietos, de entre 15 y 28 y un bisnieto de cuatro. Algunas personas se salvaron porque vieron venir el remolque a tiempo y saltaron dentro de la fosa que habían cavado para el ataúd.

–Hay algo terriblemente equivocado en este mundo –dice Miguel.

Ella hace que sí con la cabeza y Miguel mira sus manos. Sus dedos se entrelazan de tal modo que no puede distinguir cuál es su mano y cuál es la de la chica. Y Miguel entiende de golpe que ellos dos estarán juntos para siempre y que todo será maravilloso. Sus labios se besan y es como si se parase el tiempo. Por fin ha conseguido lo que jamás había existido y que jamás podría existir. Le invade una inmensa ternura.

–Pégame –dice ella y los dragones brillan de nuevo en la oscuridad– Quiero que me destroces la cara.

Olga y Miguel frente a frente en un café de Rambla Catalunya. Son las cinco de la tarde. Nubes estáticas en un cielo artificial. No sopla el viento. No hay coches por la calle. No están tomando drogas. Ninguno de los dos tiene resaca.

–Así, ¿qué?

–Así, ¿qué de qué?

Las cucharillas desprenden un brillo maligno dentro de las tazas de café. Hace tres meses que no se ven. A Miguel le molesta la blancura de la vajilla, el silencio a su alrededor, la forma obscena del croissant. La sobriedad siempre ha jugado en su contra.

–Nada, todo bien, como siempre.

Olga mira a Miguel y sabe que ha pasado algo. Está sentado muy recto sobre la silla de madera y apenas se mueve. La bandada de cuervos que le rodeaba se ha dispersado. Sus ropas son las mismas pero parecen más limpias. Le mira a los ojos y ya no ve el torrente de agua negra.

–Mentiroso.

–Tú sí que pareces cambiada. ¿Hay algo que debas explicarme?

Olga se rasca los dedos de una mano. Por un instante Miguel ve como algo tiembla en ella. El brillo plástico de su piel ha disminuido. Ya no emite aquella luz mortecina tan desagradable. Sigue presentando un aspecto immaculado, pero su expresión es más humana.

–Sigo siendo la misma. ¿Quién te lo ha contado?

–Javier –contesta Miguel sin rodeos– Debo decir que me sorprendió bastante, pero ya sabes que no te juzgo. Nunca juzgo a nadie.

–¿Sabes por qué me he enamorado de tu hermano?

Miguel hace que no con la cabeza y Olga observa de nuevo su rostro. Los rasgos infantiles se han amortiguado y sus ojos ya no expresan aquella profunda tristeza. Eso es, piensa, finalmente se ha hecho un hombre.

–Porque se parece a ti.

Su amigo muestra los dientes en una amplia sonrisa. Ya no resultan feroces y sin embargo hay algo más, algo peor si cabe. Ya no parece un lobo salvaje que podría arrancarte un brazo sin querer, sino un zorro amaestrado que morderá cuando menos lo esperas.

–No te rías. No se parece a ti en las formas, pero sí en el fondo.

–No tienes porque justificarte –contesta Miguel– No me parece mal, ya te lo he dicho.

La eterna adulación de Olga le pone nervioso. Nunca ha entendido por qué siempre ha estado enamorada de él pudiendo tener cualquier otro hombre. Miguel se refugia en el diario. En la sección de sucesos dicen que se ha encontrado el cuerpo de una mujer desnuda en un parque. La golpearon y la violaron antes de matarla. Para identificarla la policía sólo dispone de sus pendientes. Dos dragones de plata con ojos de cristal negro.

–¿Ya no te haces cortes en los brazos? –Olga intenta recuperar su atención.

–No –contesta Miguel mostrando sus muñecas.

–¿Ya no piensas que hay algo terriblemente equivocado en este mundo?

–Al contrario. Más que nunca. Pero tenías razón –y entonces Olga entrevé de nuevo el agua oscura que corre por sus ojos– Hay algo terriblemente equivocado en este mundo, pero yo no debo pagar por ello.

–¿Ah no?

–No, he decidido hacérselo pagar a los demás.



El inspector y Carlos viajan en coche camino de la casa de Miguel. Son las 4 de la tarde y todavía no han comido nada. El hambre y la falta de resultados hacen que los dos estén de mal humor. Sin embargo, el inspector aprecia la compañía de Carlos. Su presencia no ha sido de mucha utilidad, pero se siente menos solo.

-¿Crees que ha sido el hijo de la Sra. Mussó? -pregunta el inspector por decir algo. El silencio lo incomoda.

Los edificios desfilan a lado y lado del vehículo policial y Carlos mira el policía que conduce el coche. El viejo se siente inseguro y piensa que no debe hacer ninguna afirmación demasiado contundente.

-No sé -contesta- Estoy confundido.

-¿Por qué?

-Ya te lo he dicho antes -replica- nunca había sentido tanto dolor en un mismo lugar.

El inspector Figueres recuerda los momentos más dolorosos de su vida. ¿Cómo medir el dolor? ¿Cómo puede saber Carlos dónde hay más o menos sufrimiento?

Sentado a su lado, al anciano le da un escalofrío. Alejados de las interferencias de Alpha Márketing, puede ver con claridad las dolorosas escenas que Ferran revive en su mente.

Entre ellas, hay una que brilla con mayor intensidad. Ferran tiene catorce años y vuelve a casa con su hermana pequeña cogida de la mano. Caminan

por el centro de Barcelona y la gente que realiza compras navideñas se arremolina a su alrededor. Las aceras están a rebosar.

En el escaparate de una administración de lotería hay un gato negro de peluche que sonríe bondadoso. Alguien pasa a su lado y Ferran nota como la mano de su hermana se desprende de la suya. Él se gira en ambas direcciones pero no la ve. La niña ha desaparecido como por arte de magia.

Ferran peinará el centro de la ciudad y deberá dar la noticia a sus padres. La policía no podrá hacer nada. Su hermana se desvaneció en el aire. No volverán a verla.

Por eso Figueres se convirtió en un policía de impresionante eficacia. Por eso siempre tiene los ojos húmedos: se identifica con el sufrimiento de los demás como si fuese suyo. Carlos lo mira con expresión desorbitada y siente unas ganas inmensas de ponerle la mano en la espalda.

Ferran está absorto en su recuerdo, pero cuando ve la mirada del anciano se siente sorprendido e incómodo. De repente querría bajar del coche en marcha.

Carlos por su parte siente el malestar del policía y comprende que no debe comentar nada sobre el tema. Para disimular, retoma la conversación de antes como si no pasase nada.

–Sólo puedo decirte que fue alguien del entorno de la empresa. El dolor en aquella oficina es como un amasijo de hierros. Personas que se odian y se hacen daño unas a otras y a sí mismas.

Carlos deja vagar la mirada más allá de la ventanilla. Aún flota cierta incomodidad en el aire, pero Ferran se siente aliviado. No le gusta hablar de su hermana.

El inspector aparca el coche al lado de la estación de Francia y tras unos minutos a pie dan con el edificio en una calle sinuosa. La puerta de entrada está abierta y los dos hombres suben a pie por una escalera lúgubre y estrecha. Una vez más Ferran se afloja el cuello de la camisa con la mano. El espacio angosto y lleno de requiebros parece el interior de una serpiente.

Cuando Miguel abre la puerta, el inspector puede ver en la cara de Carlos que algo no va bien. El viejo se ha puesto blanco como una hoja de papel. El chico en cambio no parece inmutarse, la visita de la policía le parece de lo más normal.

-¿Sabes por qué estamos aquí? -pregunta el policía una vez se sientan alrededor de la mesa.

-No -contesta Miguel tranquilo- ¿Queréis un café?

El joven se levanta y prepara una cafetera sin esperar la respuesta. El inspector mira a su alrededor y se pregunta cómo el hijo de una de las mujeres más ricas de la ciudad vive en un piso tan pequeño.

-Esta mañana ha habido un asesinato múltiple en Alpha Márketing. Siento tener que decirte esto, pero tu hermano Álvaro es una de las víctimas.

-¿Ah sí? -la expresión de Miguel no muestra sorpresa ni preocupación.

-Por desgracia tu hermano ha muerto -aclara el inspector.

Miguel respira hondo, pero sigue sin mostrar ninguna emoción. El inspector mira a su alrededor. Un piso de 30 metros cuadrados con un solo espacio, un baño pequeño y cocina con barra americana. Todo en aquel apartamento reluce de limpio, pero hay algo que llama la atención. No hay libros, ni papeles, ni objetos decorativos. Como si allí no viviese nadie.

-Imagino que soy uno de los sospechosos -dice Miguel mientras pone cucharillas en los platos bajo las tazas de café.

Tanto el inspector como Carlos se sorprenden de la sangre fría del joven que les sirve sin el más leve temblor de manos.

-En efecto -contesta el inspector sin rodeos- Nos han dicho que no os llevabais muy bien.

Miguel se sienta a la mesa con ellos y se sirve una cucharadita de azúcar. Por un segundo se imagina apretándole el cuello a su hermano Álvaro, hundiéndole la cara a puñetazos, arrancándole las costillas con las manos hasta dejar sólo un amasijo de vísceras y sangre. Miguel sonrío.

-Era un capullo.

El inspector intenta leer alguna emoción en la cara del chico, pero resulta imposible. Sin embargo el policía empieza a pensar que no es el asesino. Nadie puede ser culpable de un asesinato sin fingir un mínimo de compasión por la víctima.

-Diga -pregunta Miguel con interés- ¿Se han cargado también a mi madre?

-No -contesta el policía disimulando su incomodidad- Aquí tengo una lista de los fallecidos.

El chico echa un vistazo rápido a la lista, pero no le presta mucha atención. En los últimos tiempos siente una distancia enorme entre él y las cosas. Es como si viviese un mundo de hielo donde nada puede molestarlo. Las palabras del policía llegan a él como una brisa que recorrería la infinita superficie blanca del ártico. Constante, inabarcable, helada.

-¿Alguna idea de quien pudo hacerlo? -pregunta el inspector con ganas de marcharse. La presencia de Miguel le desagrade cada vez más.

–Sí... –contesta Miguel pasándose una mano por el pelo– Por supuesto yo le odiaba. Álvaro también me odiaba a mí, eso seguro. Y mi madre también odiaba a Álvaro. Y yo odio a mi madre, a pesar de que ella me adora...

Miguel se gira hacia los policías y sonrío de oreja a oreja. ¿Por qué está tan contento?

En el mundo helado del hijo de la Sra. Mussó la nieve se amontona por doquier. Inmensos bloques de hielo se resquebrajan desde los acantilados escarpados y caen al mar. Los animales han muerto de inanición y no queda nada. Sólo hay paz.

–Entonces, ¿alguna idea de quien pudo hacerlo? –pregunta el inspector. Cada vez tiene más claro que no fue Miguel, pero el joven le da grima. Deberían encerrarlo por psicópata.

Miguel contempla satisfecho las imágenes que pasan por su mente. El agua se ha cristalizado en rosas blancas sin perfume y la ventisca azota el aire helado de los polos. Las estrellas iluminan un desierto nívico donde no hay sitio para la debilidad. De repente, en el horizonte helado se alza una cortina de fuego que cruza el aire como un relámpago.

– Olga –dice Miguel– Jamás superó que Álvaro la abandonase.

Olga ha trasladado sus cosas al rústico apartamento de Álvaro. Hace meses que viven juntos. Al principio le costó acostumbrarse a los muros de falso granito y las vigas de cartón en el séptimo piso de un rascacielos moderno. Había pensando en decirle algo al respecto, pero Álvaro estaba muy orgulloso de su decoración.

-Al igual que cuando se empuja la puerta de la casa de la infancia, al entrar en mi apartamento se aprecian los diferentes elementos de una composición clásica. Reencuentros con un estilo antiguo, con perfumes de maderas exóticas y cera de abeja para disfrutar del encanto de antaño, el gusto de la tradición y el amor del trabajo bien hecho -y tras una pausa- Lo importante es un espacio para crear momentos que se puedan compartir, ¿no crees?

Olga le dio la razón, ¿qué hubiese podido decir sino? Estaba completamente fascinada por el vacío sin límites de Álvaro. Si de pequeña había disfrutado contemplando el paso oscuro del agua bajo los puentes, ahora se encontraba al borde de un precipicio donde soplaban vientos huracanados desde lo más fondo del abismo. En lo alto de este despeñadero Olga se siente menos bella, menos bondadosa, menos simpática y le invade una extraña sensación de tranquilidad. Son una pareja perfecta.

Álvaro resplandece como nunca. Si antes caminaba a tientas entre las sombras de su apartamento, ahora los focos proyectan sobre él una luz ininterrumpida que le acompaña a todas partes. Rodrigo ya no se le aparece sobre el sillón provenzal para mantener largas conversaciones. Olga le hace

compañía y, cuando ella no está, se sienta solo en el salón y lee el periódico con las piernas abiertas.

En el póster enmarcado de la pared, la figura de la modelo se confunde indefinidamente con la de Olga, que se agita de forma sinuosa en un paisaje que va desde una playa tropical hasta un caluroso desierto. En él, la chica se cambia constantemente de ropa interior y oculta de forma torpe sus senos abundantes sin descubrir jamás el cruce malicioso de las piernas. De tanto en tanto, Álvaro alza la vista hacia ella y le guiña un ojo. La felicidad era esto.

A lo largo de la semana, apenas se hablan en la oficina. Por la tarde, al acabar el trabajo, Álvaro asiste a un máster de dirección de empresas y sólo se encuentran por la noche en la cama con dosel de capitoné.

Casi no se ven y por eso la intimidad súbita del final de semana siempre resulta un poco violenta. Son extraños que se encuentran y pasan dos días juntos de repente. Olga siente la incomodidad de compartir el espacio con alguien que no tiene nada en común con ella, pero Álvaro está radiante. Es el subdirector de una gran empresa. Tiene un apartamento de lujo con una decoración exquisita. Estudia un máster de dirección de empresas para mejorar sus perspectivas de futuro. Tiene a su lado a la única mujer que le puede ofrecer tanto como él a ella. Las luces de los focos recorren dichosas el apartamento en todas direcciones como en una feria ambulante.

-¿Sabes que la mayoría de los universitarios españoles prefieren ser funcionarios antes que empresarios? -pregunta Álvaro- Qué diferencia con los Estados Unidos...

Olga se sienta en el sillón provenzal y finge que lee una revista. Mientras, sobre el suelo de falsa cerámica artesanal, Álvaro hace ejercicios de

pesas. Agarra una mancuerna entrelazando los dedos y la levanta por encima del hombro derecho. Flexiona las rodillas y rota el torso con fuerza hacia la izquierda mientras baja la pesa hacia el lado externo del tobillo izquierdo.

-Este es el principal problema de nuestra sociedad, el conformismo. Hay poco afán de superación. Siempre hay que pedirle algo más a la vida. Un trabajo mejor, un cuerpo mejor, una formación mejor.

En la televisión gigante de plasma que está eternamente encendida emiten una película en blanco y negro. Álvaro la mira de reojo. En la pantalla un hombre vestido con traje sostiene un trozo de papel arrugado y lee una frase: "El único objetivo de la sociedad del crimen es propagar la sociedad del crimen". Álvaro hace una pausa, invierte el movimiento y cambia de costado. Después vuelve a empezar hasta que completa ocho series hacia los dos lados.

-Mírame a mí. Trabajo nueve horas al día y sin embargo encuentro tiempo para ampliar mi formación y cultivar mi cuerpo. Así mi aspecto está a la altura de mi belleza interior.

Olga profiere un leve sonido de aprobación y observa por el rabillo del ojo como Álvaro va hasta una esquina del apartamento y se cuelga de la barra fija.

-¿Sabes qué es lo más importante para mejorar tu forma física? -pregunta mientras levanta las piernas del suelo- Los músculos abdominales. El epicentro estético y visual del cuerpo es la zona media no sólo porque constituye el centro anatómico del mismo, sino porque su buena forma es el barómetro por el que se puede medir el estado de forma general. Una zona media dura, de abdominales firmes y bien dibujados aumenta la fuerza y el



atractivo del todo el cuerpo. Alcanzar una zona media como el granito debería ser una prioridad absoluta tanto para hombres como para mujeres, porque su estética se verá enormemente mejorada, y además fortalecerán su salud.

Olga sujeta con fuerza las hojas de la revista. En la página que tiene delante se habla de un vino “de capa alta, de color rojo cereza picota con fondo morado. En nariz es fruta madura, frutillos rojos acompañados con un toque de café. En boca es equilibrado, la acidez está muy bien puesta, y tanino muy noble. Equilibrio de aromas primarios (mermelada de fresas), y aromas terciarios (vainilla con un ligerísimo toque de regaliz).” Sin embargo, Olga sólo percibe un intenso hedor a carne podrida.

–Mucha gente intenta hacer abdominales en una tabla o en el suelo –prosigue Álvaro– Sin embargo la clave es la elevación de piernas en barra fija. Este movimiento debería ser la piedra angular de tus ejercicios abdominales. El proceso para conseguir la fuerza y flexibilidad necesaria para hacer este movimiento es casi tan efectivo como el mismo ejercicio.

Olga arruga un poco la nariz, intenta hallar el origen de aquella pestilencia, pero luego desiste. Sabe que ese olor sólo existe en su imaginación. La pestilencia la envuelve y siente como ella la absorbe poco a poco. La incomodidad que le produce su propia belleza se desvanece y el hedor también. El milagro ha ocurrido de nuevo, Olga respira tranquila.

–La mejor manera de efectuar el ejercicio es agarrarse a la barra por la parte superior, con las manos ligeramente más abiertas que la anchura de los hombros. Al mismo tiempo hay que doblar las rodillas, alzar la cadera y encorvar la parte inferior de la espalda hacia abajo en la medida que subes los muslos en dirección del pecho.

Álvaro se quita la camiseta y luce su torso musculoso mientras sube y baja en la barra fija. En el póster que cuelga de la pared la modelo se lleva las uñas nacaradas a la boca con una mueca de admiración. Tres mechones caen por su frente y un tirabuzón travieso se insinúa tras el cuello. La mujer del póster se contonea en un paisaje desierto lleno de cactus y lleva un sombrero de vaquera. En un pequeño baile, la modelo se golpea levemente las caderas con la palma de la mano, dispara jocosamente hacia Álvaro con el dedo y luego sopla el humo de una bala imaginaria. Satisfecho, el hijo de la Sra. Mussó mira a Olga para comprobar una vez más el increíble parecido que guarda con la mujer del póster.

Ni una gota de sudor, ni una arruga en la ropa, los poros de la piel siguen una alineación perfecta. Las uñas tienen una forma afilada y brillante, las piernas lucen una textura de seda. Olga despliega su belleza de esfinge.

Sin embargo, al llegar a las pantorrillas Álvaro observa una pequeña marca y algo ocurre. Por primera vez en meses, los intensos focos que barren el apartamento de Álvaro en todas direcciones flaquean un segundo y amenazan con apagarse. Álvaro se deja caer de la barra y señala hacia Olga.

-¿Qué es eso?

-¿Esto? -pregunta Olga pasando la mano cerca del tobillo- Me di un golpe. Es un morado.

Después de su separación con Olga, la vida de Álvaro prosigue tranquila en su inmenso piso del Ensanche. Los focos iluminan el espacio con la misma fuerza y los fines de semana Álvaro lee el periódico con las piernas bien abiertas sobre el sillón provenzal de rechampis dorado. La casa de un hombre es su castillo.

La modelo de la pared se insinúa con más entusiasmo que nunca y los gestos que le dirige mientras gira alrededor de una barra de strip-tease son tan obscenos que Álvaro la mira de forma reprobadora. Se diría que la mujer del póster ha enloquecido y deja libres sus instintos más salvajes. Por momentos, Álvaro intuye que la modelo hunde sus manos en el interior de su slip de puntilla negra y ve la silueta punzante de las uñas por debajo de la tela.

Entonces Álvaro vuelve a centrar la atención en las noticias del diario e intenta olvidar a la mujer que tanto se alborota tras el marco barroco de madera. Cuando emerge de las profundidades de la sección de negocios, tras realizar el análisis de las jugosas plusvalías y los dictámenes del tribunal de defensa de la competencia, Álvaro intenta no mirar hacia la mujer del póster, pero se siente solo.

Como antaño, la tensión baja por momentos y la intensa luz de los focos amenaza con apagarse. Entonces Álvaro se concentra y para animarse piensa en todo lo que tiene. Piensa en su imparable formación que le augura nuevas y mejores perspectivas, en su abdomen musculado a base de ejercicios, complementos nutritivos y cremas revitalizantes de cafeína. Contempla la

pantalla de plasma panorámica de 46 pulgadas con procesamiento de la imagen en tiempo real, altavoces ocultos y prestaciones de sonido exclusivas.

Recuerda su guardarropa de trabajo, formado de elegantes trajes de corte clásico, aprovechando la tradición de la alta sastrería española sin renunciar a la influencia inglesa; y en su guardarropa de calle, con ropa *casual* que sigue la línea de cinco diseñadores diferentes, con el sello pret a porter, lo último para esta temporada: sudaderas, cazadoras y complementos con cruces de fieltro, estética militar y bordados. Sólo para chicos de mentes inquietas.

Finalmente, se mira la muñeca con su joya más querida, el Oyster Perpetual Explorer de acero inoxidable y oro de 18 quilates, que muestra la fecha y tiene manecilla roja y bisel graduado 24 horas, así como una manecilla extra para indicar la hora en dos husos horarios, automático y hermético hasta los 100 metros de profundidad.

Reconfortado, las luces se afianzan de nuevo en el apartamento. En el sillón provenzal que hay frente a él se materializa poco a poco el cuerpo de su *coach* imaginario.

–¿Por qué lo hiciste Álvaro?

La pregunta resuena en el apartamento de Álvaro como un trueno. Ni las falsas vigas de madera, ni la piedra hueca de las paredes puede absorberla y la pregunta sobrevuela los cojines de oca con alma de espuma, roza la colcha con rosas bordadas en seda y reverbera en el dosel de capitoné.

–¿Por qué hice el qué? –despista él.

–¿Por qué la dejaste? –insiste Rodrigo.

A Álvaro no le queda otra opción y levanta la vista hacia la mujer del póster. Tras el vidrio, la modelo señala el hombro con su barbilla y arregla los

mechones ondulados de su pelo en un sensual contraluz al borde una piscina. Sobre el césped, a pocos metros, un aspersor jugueteón emerge de entre las briznas de hierba y lanza una suave lluvia circular. La modelo hace una mueca de sorpresa y se tapa con las manos mientras ríe y agita sus cabellos elásticos hacia los lados. Álvaro admira la cintura estrecha y el terso abdomen, la continuidad perfecta los poros de su piel y el rostro immaculado. Aún como hierro candente en su memoria ve el diminuto morado cerca del tobillo, un poro infectado en el muslo una semana después, las pequeñas arrugas alrededor de los ojos de Olga que surgían al reír y amenazaban con volverse definitivas con el paso del tiempo. Álvaro admira a la mujer del póster en su estampa veraniega y entiende que el parecido de Olga con la modelo no fue más que una ilusión.

–¿Por qué la dejé? –pregunta Álvaro mirando la hora en su muñeca.

–Sí –confirma Rodrigo.

–En este país hay muchas personas que se conforman con cualquier cosa. Siempre hay que pedirle más a la vida. Yo no puedo abrirle mi corazón a alguien así como así. Necesito una mujer que me pueda ofrecer tanto como yo a ella. Y eso sólo se puede confirmar mediante una observación sistemática. Hay que analizar el funcionamiento interno y externo: no se toleran imperfecciones.

El inspector Figueres y Carlos realizan el camino inverso en dirección a Alpha Márketing desde casa de Miguel. Es invierno y está anocheciendo. Sobre el horizonte grisáceo aparece un leve manto morado en el que sobresalen los edificios insignes de la ciudad. Las torres de la villa olímpica, el gran falo de la plaza de las Glorias...

El inspector piensa en las empresas que poseen estos grandes rascacielos. Allí se cuecen las decisiones que marcan la vida de la ciudad. Toma conciencia de que no es más que un sicario al servicio de un monopoly donde no tiene voz ni voto.

A su lado el anciano presenta una palidez cadavérica y cierra los ojos de tanto en tanto. ¿En qué momento se le ocurrió hacerlo su compañero de viaje en esta investigación? Figueres querría saber si se encuentra bien, pero no quiere herir el orgullo del anciano.

-¿Te has creído algo de lo que ha dicho? -pregunta para asegurarse de que no le pasa nada.

El anciano respira hondo y tarda un poco en contestar. Definitivamente, no se encuentra bien. Quizás debería mandarlo a casa, pero ya han entrado en la calle Aragón. Diez minutos más y estarán en Alpha Márketing. Dejará que suba con él y luego dará el día por terminado. Mañana le dirá que no hace falta que venga, que gracias por su ayuda, que ha sido de mucha utilidad. Él seguramente no lo creerá.

En efecto, Carlos está abatido. Es cierto que se siente inútil y mayor, sin embargo el inspector no podría adivinar de donde proviene todo el cansancio del ex policía.

A fuerza de experimentar dolor ha desarrollado una cierta inmunidad al sufrimiento y lo echa de menos. Una persona que no siente dolor no está viva. Por eso también se acerca a los escenarios de casos dramáticos buscando en su interior las volubles explosiones blancas que le hacen sentir más humano. El anciano está agotado por la intensidad de las emociones. Por otro lado también sabe que saca provecho de la desgracia ajena y esta contradicción le produce un abatimiento añadido.

–Sí –contesta el viejo después de un largo silencio– Miguel parecía sincero.

–¿Has percibido algo en especial?

–Dolor, aún más dolor. Un dolor que crece y que nada puede parar. Seguramente mató a una chica hace ya algún tiempo. Alguien que era muy importante para él. Pero en este caso mi sensibilidad resulta inútil. Hay tanto dolor por todas partes que no puedo discernir nada. Me he creído lo que ha dicho por mi experiencia como policía, eso es todo.

–Yo también me lo he creído –contesta el inspector y murmura casi para sus adentros– Menuda familia.

Carlos espera en el despacho ya familiar de Álvaro mientras el inspector atiende otros asuntos en la oficina de Alpha Márketing. La policía científica ya ha terminado y dos mujeres de la limpieza pasan el estropajo sobre las manchas de sangre. La Sra. Mussó quiere que la empresa abra de nuevo al día siguiente.

Carlos se siente un viejo inútil y piensa que es la última vez que colabora en una investigación. Ya no puede seguir jugando a polis y cacos. Tiene que asumir que se ha hecho mayor.

Entonces se abre la puerta y aparece una mujer alta y de cabellera negra. Es de una belleza impresionante, pero hay una nota disonante en su rostro. Es la vejez prematura de las personas que han sufrido mucho. ¿Qué desgracia ha pasado como un tren sobre esta chica?

-¿Es usted el inspector Figueres? -pregunta- Me han dicho que quiere verme.

-No -contesta el viejo- Pero siéntate, ahora mismo viene.

La mujer se queda de pie y contempla el sillón vacío de Álvaro. No parece nerviosa ni tampoco triste. Carlos cierra los ojos un segundo y las explosiones blancas aparecen una vez más. Una reacción en cadena donde los personajes se mezclan y compiten en una carrera de ofensas y desagrazios. La chica está en la mayor parte de sus visiones. No hace falta que le diga su nombre. Es Olga.

El inspector Figueres aparece en la entrada con un fajo de papeles bajo el brazo. Está hasta las narices, pero la presencia de aquella mujer despampanante representa una grata sorpresa. Sin embargo tiene la misma reacción que Carlos, ¿qué le ha pasado en la cara?

-Supongo que eres Olga -dice el policía recuperando la compostura.

-Sí.

Al inspector le sorprende la voz grave de tabernera. ¿Ésta era la mujer radiante de la que hablaba Miguel? ¿La mujer alegre, bella, amable? ¿La chica que desprendía luz?



De tanto observar la corriente oscura desde lo alto del puente, Olga ha tropezado con la barandilla. El inspector no lo sabe, pero es un ángel caído.

-Iré directo al grano -dice el inspector- Álvaro Mussó rompió contigo hace poco. ¿Le guardabas rencor?

-Sí.

-¿Tenías ganas de matarlo?

-Sin duda.

El inspector suspira con consternación: otra sospechosa difícil. Aunque ya ha perdido la esperanza de que le pueda ayudar en nada, mira de soslayo a Carlos. El viejo tiene los ojos cerrados y transpira de forma exagerada. ¿Y si sufre un infarto?, se preocupa el inspector.

-¿Estabas con alguien esta mañana sobre las 9h?

-Estaba sola.

-La Sra. Mussó nos ha dicho que siempre eres puntual.

-Hoy no. Me dolía la cabeza y llamé para decir que no venía, pero nadie cogió el teléfono.

Es una excusa pésima, piensa el inspector y sonríe contento. Ya sólo hay que forzar un poco más la situación y la mujer acabará confesando. Olga mira al policía con una expresión vidriosa y una indiferencia insultante. A sus ojos, el policía y el viejo de la esquina son dos marionetas que realizan movimientos previsibles e insignificantes.

-Álvaro guardaba en su casa una Walther P-38, ¿sabes dónde está?

-En el cajón de su mesita de noche con acabado de lacado rojo envejecido, sobre de cerezo natural y pátina de anticuario encerada.

El inspector no entiende la ironía en la expresión de Olga, pero piensa que sólo empeora las cosas.

-¿Podrías haber cogido el arma cuando vivías con él?

-Sí

-¿Por qué debería creer que no lo hiciste?

-Yo no he dicho que no lo hiciese.

Parece que por fin se podrá marchar a casa. El inspector vive solo y cuando llegue a su apartamento se dará una ducha y se calentará las sobras de ayer. Hoy no tiene ganas de cocinar.

Mientras tanto, en su esquina, Carlos observa los globos de luz blanca que giran y se alborotan. Un elemento lleva a otro, se fusiona con el siguiente, un tercer acontecimiento aparece, la cadena del dolor se desvía y crea ramificaciones insospechadas. Decenas de filas de fichas de dominó que se derrumban de forma estrepitosa y luego se entrelazan en nuevas cadenas.

-Entonces, ¿cogiste tú la Walther de Álvaro cuando os separasteis?

-No.

-Antes no has negado que lo hicieras.

-No había dicho que no la cogiese. Ahora sí.

Lo que le faltaba, piensa el inspector, una listilla. A este ritmo cenará a medianoche. Sabe que es mejor que se encargue de un caso como éste personalmente, pero quizás podría delegar en uno de los agentes. Que se lleven a la chica a la comisaría.

-Te daré una última oportunidad -dice el inspector- Explícame por qué debería creer que no eres la responsable de la matanza.

Olga mira fijamente al inspector y al mismo tiempo es como si no lo mirase. Se queda ensimismada y recuerda el súbito amor que sintió por el hijo de la Sra. Mussó. Las interminables tardes en que ella fingía hojear revistas mientras Álvaro decía una tontería tras otra y realizaba sus ejercicios de musculación. Un amor sin sentido con un final sin sentido. Una existencia sin sentido.

-Bien -concluye el inspector ante el silencio de la chica- Continuarás esta conversación con un agente en comisaría.

El inspector hace el gesto de levantarse, pero Olga no se inmuta. En el taburete del fondo, Carlos transpira a mares. Las esferas blancas continúan su danza multitudinaria y maligna. El viejo intenta entender la cadena de acontecimientos, pero es como ver veinte canales de televisión a la vez. Las explosiones de magnesio van y vienen sin que pueda comprender nada.

El inspector se levanta para buscar a un agente y desaparece por la puerta. Olga sigue inmóvil en su sitio, indiferente a lo que pasa. Mientras, Carlos sigue empeñado en su esfuerzo estéril y revisa las escenas que desfilan ante sí. La niña del abrigo rojo, los dos hermanos que se odian, la Sra. Mussó dolida por la ausencia de Miguel, Olga ofendida por la indiferencia de Miguel primero y el desplante de Álvaro después, Miguel que detesta a su madre... Si sólo pudiese aclararse un poco, si pudiese mostrarse útil por última vez.

La puerta del despacho se abre de nuevo y el inspector Figueres aparece con el joven policía que le abrió la puerta a Carlos por la mañana.

-Llévala a comisaría para que la interroguen, por favor.

En su taburete, Carlos hace un último y supremo esfuerzo. En su mente se desarrolla de nuevo la escena de la muerte de Álvaro, puede sentir el

inmenso dolor de este hombre frustrado y mezquino, puede sentir el dolor de la bala que le atraviesa, ¿pero dónde está el dolor de su asesino? ¿O es que el asesino está más allá del dolor y no siente nada? ¿Quizás el dolor de Álvaro es tan grande que no le deja percibir el dolor de la persona que aprieta el gatillo? ¿Se trata de una interferencia?

Carlos observa una vez más el dedo que se tensa sobre el disparador y se pregunta qué se le escapa en esta escena. ¿Qué es ese brillo mortífero que atraviesa el aire?

-Acompáñeme, señorita -dice el agente, algo intimidado por la belleza de Olga.

De repente, Carlos se levanta del taburete como un resorte. Hasta Olga gira la cabeza intrigada.

-No hará falta -dice Carlos y apunta con la mano hacia un extremo de la habitación- Detrás de ese radiador encontraréis el arma. Sé quién cometió los asesinatos.

Como todas las mañanas entre semana, Álvaro se levanta a las 7h30, se ducha con agua caliente y se sirve un desayuno equilibrado, que contribuye a un reparto más armónico de las calorías a lo largo del día y proporciona, además, muchos nutrientes importantes para evitar el decaimiento y la falta de concentración.

En su desayuno siempre cuenta con un buen tazón de leche desnatada que le aporta calcio, una sustancia imprescindible para el crecimiento y el fortalecimiento de los huesos. Después mezcla la leche con cereales ricos en fibra, una fuente de hidratos de carbono que además favorece el tránsito intestinal y disminuye la absorción de grasas y colesterol. Finalmente nunca olvida de comer dos piezas de fruta, ya que contienen una amplia gama de vitaminas y minerales y ofrecen un suplemento de fibra.

Después Álvaro elige de entre su guardarropa laboral el traje más acorde con su estado de ánimo de entre las maravillosas piezas que combinan lo mejor de la alta sastrería española sin renunciar a la influencia inglesa. Cuando se siente preparado, coge su maletín de cuero de cómodo diseño y cierre de cremalleras y baja a comprar el periódico.

La compra del diario representa un capítulo aparte en el ritual matutino de Álvaro. Su rotativo favorito para seguir la evolución de la bolsa es el Herald Tribune y Manuel es el dueño del único quiosco de la zona que lo vende. El quiosquero siente un profundo respeto por el ejecutivo. Sus trajes de corte

singular, la perfección de su afeitado y el prestigio de su apellido recubren a Álvaro de una aureola irresistible.

Por este motivo, desde que Álvaro vive en el barrio, durante los cinco últimos años, cada mañana Manuel se esfuerza en ser amable e intenta entablar conversación con él. Aunque el hijo de la Sra. Mussó a menudo se muestra contrariado por este hecho durante sus largas conversaciones imaginarias con su *coach*, en el fondo le encanta la solícita complacencia del quiosquero. El interés de Manuel refuerza la imagen que Álvaro tiene de sí mismo y confirma un sistema de clases donde él se encuentra en lo más alto de la jerarquía.

Nada más verlo llegar, Manuel se hace con una copia del Herald Tribune, se la pone bajo el brazo y espera a Álvaro con una sonrisa de oreja a oreja. Desde lejos, Álvaro aprecia la sonrisa negruzca y deslucida del quiosquero y siente un íntimo regocijo. Los dos tienen la misma edad y sin embargo él luce una sonrisa impecable fruto de la ortodoncia infantil y repetidas sesiones de blanqueamiento.

–¿Qué tal Don Álvaro? Hacia el trabajo, ¿no?

–Sí –contesta seco con las monedas en la mano.

–Pues claro, hombre –añade Manuel, que es un experto en banalidades– Al fin y al cabo hay que trabajar. ¿Qué íbamos a hacer sino con tanto tiempo libre?

Álvaro asiente y nota horrorizado como Manuel le da unas palmaditas en la espalda a modo de despedida. Este contacto le produce un complejo estremecimiento. Si por un lado le crea un sentimiento de viva repugnancia, por el otro le hace sentir como un héroe que se adentra en lo más oscuro y peligroso de un conflictivo arrabal. Finalmente, a pesar de sus remilgos y como

todas las mañanas, antes de marcharse Álvaro muestra una sonrisa cómplice de la que a penas es consciente pero cuyo fin es alimentar la halagüeña atenciosidad del quiosquero.

De este modo, Álvaro está sonriendo como un galán cuando de repente percibe un brillo familiar en la muñeca de Manuel bajo la manga azul de su uniforme.

–¿Qué es eso?

–¿Esto? –pregunta el quiosquero, sorprendido de que Álvaro prosiga la conversación.

Entonces Manuel se remanga la bata azul y muestra un inconfundible cronómetro Oyster Perpetual Explorer de acero inoxidable y oro de 18 quilates. De un sólo vistazo, Álvaro reconoce la manecilla roja y el bisel graduado 24 horas, así como la manecilla extra para indicar la hora en dos husos horarios. Un símbolo atemporal.

–Me lo regaló mi mujer por mi cumpleaños –explica el quiosquero– Un derroche de dinero, si quieres saber mi opinión. Estos relojes sólo son para fanfarrones inseguros de sí mismos, pero ella lo hizo con la mejor intención.

Álvaro apenas se despide y se marcha hacia el trabajo mirando de soslayo su muñeca. Manuel lleva exactamente el mismo modelo. Esta experiencia desorienta un poco al ejecutivo, que decide pasar por casa antes de ir a la oficina

En la entrada de Alpha Márketing, puntual como cada mañana, Álvaro mira el Rolex Oyster Perpetual en su muñeca. Son casi las nueve. El reloj refulge bajo las luces alógenas. Tras su carátula, el solenoide brinda sus pulsaciones a la bobina ferromagnética y pone en marcha la cadena de

transmisión. Los engranajes transmiten el movimiento hasta el eje principal de las manecillas y uno de sus dientes se desplaza hacia la derecha. Son las nueve en punto y Álvaro empuña la Walther P-38 con su mano enguantada. Ha llegado la hora.

Es pronto y la mayor parte de los empleados aún no están en la oficina. Suena el timbre y la recepcionista abre sin levantar la vista del ordenador: tiene un problema con la base de datos. Un segundo después está muerta con el cerebro desparramado por la pantalla.

En la mente del asesino, su guardarropa de calle, con cruces de fieltro, estética militar y bordados, sólo para chicos de mentes inquietas, arde en una deslumbrante hoguera.

Álvaro ajusta los guantes de piel marrón y avanza por el pasillo cubierto de moqueta con la Walther P-38 en la mano. A la derecha deja la sala de espera vacía con las revistas del corazón.

En secretaría, Natalia enseña a Nuria el catálogo que le han dado en la agencia de viajes. A finales de noviembre se va de vacaciones a la República Dominicana y le hace mucha ilusión ir a la playa en pleno invierno.

Un proyectil 9 mm parabellum de punta hueca y 8 gramos de peso penetra por debajo de su omoplato, le atraviesa el corazón y se detiene detrás del esternón sin penetrarlo. Álvaro visualiza su pantalla de plasma panorámica de 46 pulgadas con procesamiento de la imagen en tiempo real, altavoces ocultos y prestaciones de sonido exclusivas. La pantalla explota en mil pedazos.

Nuria no entiende porque Natalia se calla de repente y mira hacia la sombra de la entrada buscando una explicación, pero lo único que recibe es



otro proyectil de 9 mm que le vuela la quijada y, tras un breve recorrido, secciona la yugular. Nuria se ahoga en su propia sangre. Los trajes de alta sastrería española sin renunciar a la influencia inglesa sufren el efecto de miles de sierras eléctricas que desmenuzan la tela en jirones, trizas y, finalmente, en diminutas fibras.

Álvaro sigue avanzando por el largo pasillo y deja atrás los despachos vacíos de Eva, Marta, Ana y Germán. Ya deberían haber llegado, pero siempre se retrasan un poco por las mañanas.

Quien sí está es Leire, la responsable de contabilidad, porque deja a los niños en el colegio a primera hora. Tiene una foto de sus retoños sobre la mesa de fórmica gris y unos dibujos suyos en el tablón de corcho. A Leire le gustan estos momentos de soledad en su despacho. En casa, con los niños, tiene poco tiempo para pensar en sus asuntos.

La mesa de caoba, los cojines de oca sobre alma de espuma, la colcha con rosas bordadas en seda, las cortinas tornasoladas, los muros de piedra y las falsas vigas de madera forman un amasijo informe que se descompone a un ritmo frenético bajo el efecto corrosivo del ácido sulfúrico. Siempre te recordaremos, mamá.

El asesino camina sigilosamente por la moqueta y ve las salas de reunión vacías con las mesas ovaladas y las enormes pantallas. A la derecha están los despachos de los ejecutivos senior. Sólo está ocupado el de Gemma. Lleva siete años en la empresa y la deja dentro de unas semanas porque ha abierto una consulta como psicóloga. Ahora le enseña unos informes a Sasha, que la reemplazará en el puesto.

Las piezas del Oyster Perpetual Explorer se desajustan como si decenas de minúsculos destornilladores se cebasen sobre ellas y después salen disparadas en todas direcciones hacia lo más recóndito del universo. Quién sabe si Gemma hubiese sido una buena psicóloga. Quizás Sasha hubiese sido un buen ejecutivo.

Finalmente, el asesino se detiene en un recibidor que da a cuatro despachos. Es el final de la planta. Allí está el despacho de la Sra. Mussó, la propietaria de la empresa. A la derecha está el despacho de su hijo más responsable, a la izquierda el de su hijo tarambana, y el último despacho es el de Olga, la secretaria de dirección.

Álvaro entra en su propio despacho y se sitúa en el centro. Con cada disparo la rabia que le corroe las entrañas ha disminuido un poco, pero no ha desaparecido. Los dedos cubiertos de cuero marrón se tensan sobre la cola del disparador y la pistola escupe una última bala. El arma experimenta el retroceso fruto del movimiento longitudinal del principio físico de la tercera ley de Newton de acción y reacción y vuela hasta el hueco que hay detrás del radiador mientras Álvaro se desploma sobre el suelo.

Antes de morir en su mente aparece la modelo que habita el póster en la pared de su casa. La bella muchacha del cabello alborotado y sonrisa picarona cae por un oscuro precipicio mientras profiere un grito angustioso que le deforma las facciones hasta convertirla en un monstruo abominable. Aún vestida con su ropa interior de puntilla, hace aspavientos con las extremidades y resulta una patética marioneta dislocada.

Finalmente la modelo impacta contra el suelo del precipicio y su cuerpo queda empalado en una estalagmita que atraviesa su pecho y convierte sus senos en un repulsivo compuesto de sangre, arterias y glándulas.

Mientras muere y la rabia que le inunda se disipa de una vez por todas, Álvaro se repite que el parecido de la secretaria con la modelo no fue más que una ilusión. Olga era mucho más guapa. Y además, era real.

Al cabo de unos días el inspector Figueres va a ver a la Sra. Mussó para presentarle los resultados finales de la investigación policial. Parece como si nunca hubiese pasado nada en aquel apartamento. Hay un recepcionista distinto en la entrada, dos flamantes secretarias en la habitación siguiente, un nuevo encargado de contabilidad. La moqueta que antes estaba llena de sangre y papeles desordenados presenta ahora un aspecto impoluto y los empleados andan por ella con paso firme.

Tampoco faltan los clientes. El inspector Figueres se dio maña en resolver el caso porque temía un gran impacto en la prensa y, en consecuencia, presiones políticas. Normalmente un crimen como éste hubiese aparecido en el telediario y la investigación se habría visto paulatinamente reflejada en los periódicos durante dos semanas. Pero nada de eso.

Con su influencia, la Sra. Mussó había logrado que el suceso no apareciese en la prensa. La reputación de la empresa sigue intacta y cuando los clientes preguntan por Álvaro los empleados contestan que ya no trabaja allí.

En el gran despacho de la matriarca Figueres expone sus conclusiones, los pasos que se tomaron en la investigación, cómo la pistola pudo saltar de la mano de Álvaro e ir a parar detrás del radiador. El móvil del crimen sigue siendo un misterio.

Durante su explicación, la Sra. Mussó sacude vehemente la cabeza y profiere exclamaciones de tanto en tanto. A pesar de que lleva sus enormes

gafas de búho, hoy viste un traje chaqueta de color gris que le infunde más autoridad de lo habitual.

La Sra. Mussó le da la razón en todo y se escandaliza de forma exagerada por los motivos menos trascendentes. El inspector sólo ha venido para quedar bien con un personaje tan poderoso, pero tiene la sensación de que a esta mujer le da igual lo que explica.

Durante su discurso echa un vistazo por la ventana para observar una última vez la cornisa de piedra con sus esculturas modernistas. Sin embargo han colocado un andamio sobre el edificio para poner al día la fachada y han cubierto la estructura de metal con una enorme lona que anuncia una línea de productos cosméticos para hombres. Aunque no puede ver las esculturas, el inspector no lo lamenta. Piensa que en el fondo había algo maligno en ellas, como también hay algo maligno en esta mujer anciana y corpulenta de gestos histriónicos. Piensa que si Carlos estuviera allí sentiría que el dolor no ha desaparecido, sino que ahora adopta otras formas y amenaza con desencadenar nuevos infortunios.

–Muchas gracias por su ayuda, inspector –concluye la empresaria dando por terminado el encuentro– Guardará discreción sobre lo ocurrido, ¿verdad?

–Claro, Sra. Mussó.

Ferran Figueres contempla un segundo aquella anciana y piensa que parece más contenta que nunca. Al salir del despacho el inspector comprende el motivo. En el recibidor Miguel espera sentado en una silla.

–Ya puedes pasar, cariño.

El joven lo saluda con un gesto de la cabeza y desaparece dentro del despacho. En el centro de la habitación, la Sra. Mussó espera con los brazos abiertos y lo aprieta en su abundante regazo. Su hijo ha vuelto.

–Me echabas de menos, ¿a qué sí?

–No.

El joven se sienta ante la gran mesa de abedul con una postura algo indolente. Su madre lo mira con el amor acumulado durante años de espera y entrelaza las manos con satisfacción.

–Te sientes mal por lo que le ha pasado a tu hermano, ¿verdad?

–No.

La Sra. Mussó se queda pensativa. Está dispuesta a disculparle cualquier cosa a su hijo pródigo. Se siente tan feliz que apenas le importa el motivo por el cual ha vuelto para trabajar con ella al frente de la empresa.

–¿Necesitas el dinero?

–No.

Miguel permanece en silencio sobre el asiento mullido. Inmóvil, pierde la noción del tiempo mirando el diploma que cuelga de un marco en la pared. En su interior la blanca estepa se ha derretido y sólo queda un negro paisaje calcinado. En la superficie hay grietas humeantes y cadáveres putrefactos.

La Sra. Mussó observa atentamente a su hijo y se pregunta qué es lo que le une a él de un modo tan fuerte. ¿Por qué detestaba a Álvaro y no puede vivir sin Miguel? Entonces mira los ojos de su hijo y ve el negro torrente que asoma en su mirada. Es como ella: un corazón herido que clama venganza.

Miguel se levanta y va hacia las cristaleras. Con dos dedos, separa levemente una tira de las cortinas venecianas y mira hacia el exterior. En el

edificio de enfrente aprecia el enorme reclamo publicitario que cubre toda la fachada. En el centro de la lona que tapa el andamio relucen los envases extravagantes con sus destellos iridiscentes sobre un fondo blanco.

Bajo la imagen se lee el eslogan de la marca, apenas cinco palabras, pero Miguel aprecia su calidad como profesional. Un eslogan perfecto.

–Este anuncio lo hemos hecho nosotros, ¿verdad mamá?

– Sí, hijo –contesta la Sra. Mussó.

La anciana mira hacia los archivadores, el ordenador sobre la mesa, el frondoso ficus en un rincón de la sala, pero es inútil, rompe a llorar. Hacía más de diez años que su hijo no la llamaba “mamá”.

Miguel sin embargo apenas le presta atención. Recuerda la chica bajita y entrada en carnes que conoció en el bar, sus pendientes de plata y cristal negro colgando de las orejas.

En la cama, se besan apasionadamente y sus cuerpos se entrelazan desnudos. El amor que jamás había existido y jamás podría existir. A solas con su princesa, Miguel levanta el puño y se lo estampa en la cara, le agarra del cuello y le estira de la cabellera, le clava una rodilla en la espalda y tira hacia arriba de los hombros hasta que crujen las costillas. Con las uñas le desgarran las mejillas y la sangre corre a borbotones sobre las sábanas de color crema.

–Entonces, ¿por qué quieres trabajar de nuevo conmigo?

–Porque tenías razón –contesta Miguel señalando la lona publicitaria del edificio de enfrente– Los mejores eslógans hacen que te sientas como una mierda. Hay algo terriblemente equivocado en este mundo, y yo he decidido hacérselo pagar a los demás. Por eso vuelvo a trabajar contigo: quiero escribir eslógans. Quiero que la gente se sienta como una mierda.

La Sra. Mussó mira a su hijo, pero en su interior visualiza otra escena, una tarde hace más de 60 años. Hay una niña sentada en una acera de hormigón y junta unas ramas secas sobre el suelo. Va hacer una hoguera con sus amigas.

La niña viste un abrigo rojo de lana con grandes botones negros y una tira alrededor de la cintura. Es su prenda favorita. Se ha parado durante meses frente al escaparate de la tienda del barrio para admirarlo. Finalmente, sus padres se lo han regalado por su cumpleaños, hace tan sólo una semana.

Sentada sobre el hormigón, la niña sujeta las puntas del abrigo con una mano para que no roce el suelo y con la otra aparta las ramas y añade hojas de periódico para que el fuego prenda bien. Sin que ella sospeche nada, sus amigas traidoras se acercan por detrás con un viejo trozo de manta cargado de barro.

La voz de Olga desde la entrada interrumpe su ensoñación.

–Han llegado los clientes para la campaña de automóviles de lujo.

La Sra. Mussó se gira hacia su secretaria, alta y esbelta como siempre, pero con algo definitivamente quebrado en su rostro. Olga se ha transformado en un animal de expresión torcida y desconfiada. Por este motivo, finalmente despierta la simpatía de todos.

–Hazles pasar –contesta la matriarca con afecto.

Olga desaparece para buscar a los clientes, pero Miguel no se inmuta. Sigue contemplando la lona publicitaria del edificio de enfrente, y más allá, los autobuses que circulan con anuncios en sus costados, las hileras de vallas publicitarias a lado y lado de la calle, los rótulos de neón que se encienden y se apagan en las azoteas promocionando las marcas más diversas.



Por todas partes acechan fantasiosas imágenes con sus trabajados eslógans y complejos diseños gráficos. Con su pueril aspecto, los anuncios han invadido la ciudad y buscan víctimas entre sus habitantes. La fortuna de esta sociedad es proporcional a la insatisfacción de sus miembros.

Miguel contempla desde su observatorio privilegiado cómo los anuncios se multiplican y se diseminan por calles y azoteas. Se esconden en los lugares más recónditos creando un malestar difuso. Un vago descontento que inunda a los ciudadanos y los empuja a los grandes almacenes.

Sin embargo las personas salen de las tiendas con productos que sólo colman su insatisfacción de forma fugaz. Antes de que puedan preguntarse por qué, los consumidores se ven abrumados por una nueva ráfaga de mensajes publicitarios. En la televisión, en la radio, en las octavillas que se distribuyen a la salida del metro, nuevos eslógans y nuevos productos crean una insatisfacción que aumenta y se transforma. Un dolor que se transmite de persona en persona como una potente corriente eléctrica y crece de forma imparable como una bola de nieve en la ladera de una montaña.

De un momento a otro estallará la guerra.